

CRISTIANDAD

Año XVIII - Núm. 367

BARCELONA

SEPTIEMBRE 1961

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESUS Y MARIA

Depósito legal: B. 15860 - 1958

EXHORTACION DEL PAPA EN FAVOR DE LA PAZ

(10 DE SEPTIEMBRE DE 1961)

El apóstol Pedro en su alocución a los reunidos en casa del Centurión Cornelio, declaró que todos los pueblos de la tierra ya quedaban en conjunto invitados a considerar la universal paternidad de Dios, y resumió la celestial enseñanza en las palabras de paz: *annuntians pacem per Iesum Christum* (1).

Este mismo anuncio es el latido de Nuestro corazón de padre y de obispo de la Santa Iglesia que aflora a Nuestros labios siempre que las nubes parecen acumularse en el horizonte.

Tenemos presente el recuerdo de los Papas que más próximamente Nos han precedido, de cuya solicitud y llamadas angustiosas da testimonio la historia.

«Nada se pierde con la paz»

Desde la exhortación de Pío X ante la inminencia de la primera conflagración europea (2) y pocos días antes de su santa muerte, a la encíclica de Benedicto XV "*Pacem Dei munus pulcherrimum*" (3); desde la amonestación de Pío XI que auguraba la verdadera paz "*non tam tabulis inscriptam, quam in animis consignatam*" (4) a la última y conmovedora llamada de Pío XII el 24 de agosto de 1939: "Es con la fuerza de la razón y no con la de las armas, que la justicia se abre camino" (5), tenemos una sucesión de invitaciones a veces desgarradoras y vehementes, pero siempre paternales, dirigidas al mundo entero para que se guarde de todos los peligros mientras está a tiempo y asegurándole que nada se perderá con la paz. Los caminos de la paz son los caminos de Dios y de las verdaderas conquistas.

Esta amonestación la hacemos Nuestra, dirigiéndola también a cuantos llevan sobre su conciencia el peso de mayor responsabilidad pública y reconocida. La Iglesia, por su naturaleza no puede permanecer indiferente al dolor humano, ni aun a sus preocupaciones y angustias. Y por esto es propio que Nos invitemos a los gobernantes a mirar de frente las tremendas responsabilidades que contraen ante la historia, y, lo que aún es más impor-

tante, ante el juicio de Dios, y les conjuramos a no sucumbir ante falaces e engañosas presiones.

De los hombres prudentes depende el que prevalezca no la fuerza, sino el derecho por medio de negociaciones libres y leales; y así afirmarán la verdad y la justicia, en la salvaguarda de las libertades esenciales y los valores inalienables de cada pueblo, de cada hombre. Lejos de exagerar sobre lo que hasta ahora es sólo apariencia — sin embargo, queremos decir lo demasiado trágicamente burlesca y deplorable apariencia — de bélica amenaza, según nos refieren las fuentes de pública información cotidiana, es muy natural que Nos hagamos Nuestra la solicitud ansiosa de los Papas predecesores y la ofrezcamos como admonición sagrada a todos Nuestros hijos, a todos cuantos sentimos el derecho y el deber de nombrar así, a los creyentes en Dios y en su Cristo, y también a los no creyentes, porque todos pertenecen a Dios y a Cristo por derecho de origen y de redención.

Las dos columnas de la Iglesia, San Pedro y San Pablo, nos amonestan:

El primero con la afirmación muchas veces repetida de la paz en Cristo, Hijo de Dios; y el otro, el Apóstol de las Gentes, con una indicación bien circunstanciada de consejos y advertencias oportunas y apropiadas a cuantos ocuparon y ocuparán un puesto de responsabilidad en el decurso de las generaciones humanas.

"Hermanos, permaneced fuertes en el Señor y en el vigor de su fortaleza... no hemos de luchar contra la carne y la sangre, sino contra los principados y las potestades, contra los dominadores de este mundo tenebroso, contra los espíritus malignos esparcidos en el aire" (6).

El conocimiento y la plenitud de la paternidad de humilde sucesor de San Pedro y de custodio del depósito doctrinal que constituye siempre el gran Libro Divino abierto a todas las almas y a todas las naciones del mundo, depositario del Evangelio de Cristo, Nos pone en guardia respecto a precisiones personales concretas, sobre cuando constituye hoy en el mundo motivo de incertidumbre y temor.

Siguiendo a San Pablo en sus enseñanzas — las que se refieren a la actitud contra los espíritus malignos es-

(1) Act., 10, 36.

(2) A.S.S., VI, 1914, p. 373.

(3) A.A.S., XII, 1920, pp. 209 y ss.

(4) Bula *Infinita Dei*, 29 mayo 1934.

(5) Pío XII, *Discorsi e Radiomessaggi*, I, 1939, p. 306.

(6) *Ephes.*, 6, 12.

parcidos en el aire — es interesante la descripción que nos dejó de todo buen soldado dispuesto a batirse contra su adversario. “*In omnibus perfecti stare: ceñid vuestros lomos con el cingulo de la verdad y armaos con la coraza de la justicia; calzaos los pies para andar veloces a la conquista del Evangelio de paz; opond el escudo de la fe que parará los dardos del maligno; revestíos con el yelmo de la fortaleza y la espada del espíritu que es la palabra de Dios*” (7).

He aquí una imagen de las armas espirituales, a través de la cual, amados Hermanos e hijos, podéis discernir lo que pueda ser, lo que debe ser la conducta del buen cristiano en todo tiempo y circunstancia, y ante cualquier eventualidad. Guerra espiritual es la que viene del Maligno y de las indisciplinadas inclinaciones naturales, pero es guerra, y siempre llama nefasta que todo lo puede penetrar y trastornar.

Y siguiendo las huellas del Apóstol de las Gentes Nos queremos llevaros al punto más luminoso y sólido, sobre el que apoyar la actitud del espíritu cristiano ante aquello que la Providencia quiere disponer o permitir. Entre las dos palabras: guerra o paz se entrecruzan las angustias y las esperanzas del mundo, los afanes y las alegrías de la vida individual y social.

Quien no olvida la historia del pasado más o menos lejano; un pasado de épocas desgraciadas recogido en viejos libros, o que lleva aún en los ojos el color sangriento por la impresión del medio siglo transcurrido desde 1914 hasta ahora y recuerda el destrozo de nuestras gentes y de nuestra tierra — con los varios intervalos entre una tribulación y otra —, tiembla de espanto por lo que pueda sobrevenirle a cada uno y al mundo entero. Toda conmoción bélica basta para trastornar y hacer perder las filiaciones de las personas, de los pueblos y de las regiones. ¿Qué podría suceder ahora con los terribles efectos de los nuevos instrumentos de destrucción y de ruina que el ingenio humano continúa multiplicando para universal desdicha?

Si en nuestra juventud nos impresionó siempre aquel desesperado grito que Desiderio, rey de los longobardos, mesándose los cabellos, lanzó cuando sobre los Alpes aparecieron las armadas de Carlos Magno ¡*Oh ferrum, heu ferrum!* (8) ¡Qué decir de los modernos sistemas de guerra arrancados hoy a los secretos de la naturaleza y por medio de la elaboración de energías ultrapotentes destinadas a la subversión y a la destrucción!

Gracias al Señor hasta ahora deseamos creer que ninguna amenaza sería de horas tristes, próximas o lejanas, se convierta en realidad. Nuestra alusión a ello, que es por otra parte objeto de la prensa diaria de todos los países, no quiere ser más que un nuevo reclamo, un llamamiento confiado a la serena y segura prudencia de cuantos, hombres de Estado y hombres de gobierno, presiden hoy en todos los países la dirección de la cosa pública.

Verdad es que el Apóstol Pablo al final de su carta a los efesios, desde Roma donde se encontraba prisionero y atado con una cadena al soldado romano que lo custodiaba, se inspiró en su armadura militar para inspirar a los cristianos las armas necesarias con que defenderse y abatir a los enemigos espirituales. Y no sorprende que

al terminar su enumeración, dé singular relieve a la oración señalándola como el arma más eficaz. Escuchad sus palabras: *Galeam salutis adsumite et gladium spiritus, quod est verbum Dei; per omnem orationem et obsecrationem orantes omni tempore in spiritu in ipso vigilantes in omni instantia et obsecratione pro omnibus sanctis*” (9).

Con esta calurosa invitación el Apóstol de las Gentes nos transporta a la intención especial de nuestra emotiva unión de almas, a las que ha bastado una indicación para reunirse y adquirir proporciones inmensas de elevación espiritual hacia el orden y la paz. Para los hijos de la Iglesia católica es familiar esta invocación. En días tristes la oración universal al Dios omnipotente, Creador del universo, a su Hijo Cristo Jesús, hecho hombre para la salvación del género humano, al Espíritu Santo, Señor y vivificador, encontró respuestas prodigiosas en el cielo y en la tierra que signaron páginas faustísimas y gloriosas en la historia de la humanidad y en la Historia de cada una de las naciones. Conviene abrir nuestros corazones, vaciarlos de la malicia con que tal vez el espíritu del mal intenta contaminarlos, y, así purificados, elevarlos hacia la seguridad de los bienes celestiales, que serán también prosperidad y bienes de la tierra.

Este encuentro de nuestras almas en forma tan sencilla y espontánea quiere ser el primero — ¿quién sabe? — de una serie de pacíficas asambleas no entenebrecidas con vanos clamores, sino solazadas por un sincero sentimiento de elevación y de paz, que asegura la tranquilidad y nobleza de la vida en la dulzura de cristiana convivencia, que en Cristo es divina fraternidad y gusto anticipado de los goces celestiales.

Pensad que la Iglesia católica esparcida por todo el mundo, hoy demasiado inquieto y dividido, está preparando una asamblea universal — el Concilio Ecuménico — que mira la verdadera fraternidad de las gentes, que exalta a Cristo Jesús, Rey glorioso e inmortal de los siglos y de los pueblos; luz del mundo, y camino, verdad y vida (10).

Esta tarde, durante el Santo Sacrificio de la Misa, la Sangre de Cristo Jesús ha descendido sobre nosotros, sobre nuestra vida, sobre nuestras almas. Esto nos santifica, nos redime, nos embriaga. Hemos orado juntos y sentimos gran gozo en el corazón. Continuemos orando así, tal como San Pablo nos invita al final de su carta conmovedora. Oremos entre nosotros y por nosotros, y por cuantas criaturas de Dios están llamadas a constituir su Iglesia Santa, y la familia humana que es toda suya.

Nos complace dirigir nuestra apremiante invitación a los sacerdotes, a las almas consagradas, a los inocentes, a los que sufren. Todos juntos roguemos al Padre de la luz y de la gracia para que ilumine las mentes y mueva las voluntades de los grandes responsables de la vida o de la ruina de los pueblos: roguemos para que los mismos pueblos no se dejen ofuscar por exasperados nacionalismos y perniciosas rivalidades, y para que, como tanto exhortamos en nuestra encíclica “*Mater et Magistra*” se reajusten las relaciones de convivencia social en la verdad, en la justicia, en el amor. ¡Oh!, roguemos todos para que mediante la penetración del espíritu cristiano prevalezca la moralidad en las costumbres y el robuste-

(7) Ibid.

(8) *Gesta karoli*, Lib. II, par. 17.

(9) *Ephes.*, 6, 17-18.

(10) *I Tim.*, 1, 17; *Io.*, 8, 12; 16, 6.

cimiento de las familias cristianas, fuente de nobles energías y de prosperidad alegre y bendecida.

Siempre, siempre, roguemos juntos por la paz de Cristo en el mundo y entre todos los hombres de buena voluntad: *ut cunctae familiae gentium, peccati vulnere disgregatae, suavissimo subdantur Christi imperio.*

A ti nos volvemos, por fin, oh beatísima Virgen María, Madre de Jesús y Madre nuestra, ¿podríamos tratar, con el corazón tembloroso, sobre el más grande problema de vida o muerte que pesa sobre la humanidad entera sin confiarlo a tu intercesión para que nos preserves a *periculis cunctis?*

Esta es tu hora, ¡oh María! A ti nos confió Jesús en el último momento de su sangriento sacrificio. Estamos seguros de tu intercesión. El 8 de septiembre la Santa Iglesia festejaba tu faustísimo nacimiento saludándolo con el inicio de la salvación del mundo y celestial augurio de incremento de paz. Sí, sí, por esto te suplicamos, oh Madre nuestra dulcísima, reina del mundo. Porque el mundo no tiene necesidad de guerras victoriosas ni de pueblos destruidos, sino de renovada y más robusta salud, de paz fecunda y recuperada serenidad. Esto es lo que necesita y por lo que clama a grandes voces: *salutis exordium: et pacis incrementum. Amen.*

EL CONCILIO ECUMENICO, ESPERANZA DE RENOVACION

Conferencia de prensa de Monseñor Felici, Secretario de la Comisión Central
(Agosto de 1961)

“Una terrible tormenta, como jamás se vio desde hace mucho tiempo — comenzó diciendo monseñor Felici — cayó sobre la Urbe la mañana del 8 de diciembre de 1869, cuando en la majestuosa Basílica de San Pedro se inauguró el primer Concilio Vaticano; el temporal arreció sin descanso, sin un momento de respiro, mientras duró la primera sesión conciliar que se prolongó durante siete horas.

Monseñor Gibbons, el más joven de los Padres Conciliares, de treinta y cinco años, entonces Vicario Apostólico de Carolina del Norte, luego cardenal arzobispo de Boston, tuvo que esperar hasta las cinco de la tarde bajo el pórtico de San Pedro, antes de encontrar sitio en una pequeña carroza en la que ya estaban apretados cinco obispos. Le parecía estar en la plaza de San Pedro, inundada — cuenta —, como un pobre náufrago en la inmensidad de los desiertos australianos.

Cuando el 18 de julio de 1870 los Padres Conciliares celebraron la solemne sesión en la que fue definido el dogma de la infalibilidad pontificia — prácticamente fue la última sesión del Concilio — una fuerte tempestad se desencadenó de nuevo sobre Roma. El corresponsal del “Times” que asistió a la sesión, ha descrito así la inolvidable escena: “Los «placet» de los padres lucharon con la tormenta en medio del estruendo de los truenos y al resplandor de los relámpagos que hacían estremecer todas las ventanas, iluminando el templo y toda la cúpula de San Pedro. «Placet», exclamaba o Su Eminencia o Su Ilustrísima y a manera de respuesta el rayo levantaba su voz terrible y los relámpagos inundaban el baldaquino y llenaban todas las paredes de la sala conciliar”. Los cronistas de la época añaden que era tanta la oscuridad de la Basílica que fue necesario llevar al Papa velas para que pudiese ver los resultados de los votos expresados en circunstancias tan especiales.

Luego sobrevino la guerra franco-prusiana, la brecha de Porta Pia, y el Concilio tuvo que suspenderse. Se desarmó, pues, entre dos furiosas tempestades. Parecía como si el maligno hubiese querido desencadenar con la furia de la tempestad su odio contra aquella obra maravillosa

de la sabiduría y poder de Dios. Pero “portae inferi non praevalerunt”!

El diablo no va de vacaciones.

Era la mañana del 29 de junio del presente año, en la Basílica de San Pedro. El Santo Padre había celebrado la Santa Misa y había hablado de la grandeza de Roma regada con la gloriosa sangre de los Príncipes de los Apóstoles. Iba yo a dejar la Basílica cuando un distinguidísimo prelado me presentó a un obispo ortodoxo, que había asistido a la Misa del Papa, así como la tarde anterior asistió a las Vísperas celebradas por el mismo Pontífice. Allí quiso felicitar me por el trabajo tan delicado que el Padre Santo me confió; se interesó mucho por el problema de la unión — me decía — y adoptando su venerable persona una actitud casi profética, añadió: “Monseñor, el diablo le dará mucha guerra, pero la victoria sobre el maligno es segura”. Algunos días después, conté lo ocurrido al Sumo Pontífice, el cual indicó al momento: “Pero, monseñor, ¿cómo quiere que ante un acontecimiento tan importante para la vida de la Iglesia el demonio se vaya de vacaciones? Por lo demás, si el Concilio es — como estamos seguros de ello — obra divina, no faltarán tribulaciones. Pero nuestra confianza en la divina Providencia es firmísima, la cual mediante nuestra humilde obra dará a su Iglesia una vida más lozana y un nuevo esplendor”.

Son palabras que animan e infunden mucha confianza, además de que eliminan peligrosas ilusiones. Son palabras pronunciadas por un gran Pontífice que, secundando las inspiraciones de su nobilísimo corazón y como desafiando las dificultades que habrían hecho vacilar incluso a un alma fuerte, ha anunciado al mundo el 25 de enero de 1959 su propósito de convocar un Concilio Ecuménico y en el breve intervalo de casi dos años, con medios no extraordinarios, humanamente hablando, pero sobre todo con la fuerza del espíritu ha sabido llevar la preparación hasta el punto de poder esperar que dentro de poco, tal vez al terminar el próximo año, la Basílica Vaticana se alegre con los esplendores de la inauguración del Concilio Ecuménico Vaticano II”.

Cinco preguntas.

Monseñor Felici se ha hecho, pues, cinco preguntas, que la misma presencia del atento auditorio parecía proponerle:

- 1) ¿Qué es un Concilio Ecuménico?
- 2) ¿Cuántos han sido los Concilios Ecuménicos de la historia?
- 3) ¿Cuál es el fin del presente Concilio?
- 4) ¿Cómo se ha organizado la preparación del Concilio Vaticano II?
- 5) ¿En qué estado se halla actualmente la obra de preparación?

Para responder a la primera pregunta monseñor Felici tuvo a bien exponer algunos principios de la constitución de la Iglesia: Sociedad espiritual, visible, compuesta de hombres para salvación de sus almas, la Iglesia recibió de su Fundador Jesús una configuración típicamente jerárquica por la que se distingue la Iglesia docente, formada por los obispos con el Obispo de Roma, el Papa, como Cabeza, y la iglesia discente, formada por los otros fieles, incluidos los sacerdotes. Compete a la Iglesia docente enseñar y gobernar, sucediendo en este nobilísimo oficio al Colegio de los Apóstoles. La Iglesia discente, como el mismo adjetivo lo indica, debe ser enseñada en materia de fe y costumbres, y gobernada por los legítimos Pastores. No creamos, sin embargo, que la Iglesia discente, sacerdotes y seglares, tengan que permanecer ajenos al doble oficio propio de la Iglesia docente de enseñar y gobernar.

También la Iglesia discente vive de la luz y calor del Espíritu de Dios. Los sacerdotes, en virtud de su misma ordenación, tienen que enseñar y santificar y la "consecratio mundi", como afirmó Pío XII, es obra por excelencia de los seglares. Pero ha de ser siempre colaboración humilde, obediente y sabia con aquellas que el Espíritu Santo ha puesto para regir la Iglesia de Dios.

Pues bien, los obispos, con el Papa como Cabeza y bajo su égida, ejercitan el *minus docendi et gubernandi Ecclesiam*, más solemnemente en esta Asamblea sagrada, universal, mundial, que llamamos Concilio Ecuménico, el cual no es, por tanto, ni una Academia, ni una asamblea parlamentaria aunque algunos hayan querido llamar a los Concilios que se sucedieron en la historia de la Iglesia "Parlamentos de Dios". No se trata, pues, de personalidades escogidas del pueblo para cumplir, en definitiva, un solo oficio: legislar, sino que son personas que tienen la autoridad de Dios y en nombre de Dios ejercen sobre los fieles la potestad de enseñar y gobernar, en el sentido pleno de la palabra, que comprende el cuádruple poder legislativo, ejecutivo, judicial y coercitivo.

Las decisiones conciliares son para toda la Iglesia y cuando el Concilio define en materia de fe y costumbres goza del privilegio singular de la infalibilidad.

El ilustre conferenciante pasó después a hacer un breve resumen de los Concilios Ecuménicos. Después de haberse referido al Concilio celebrado por los Apóstoles en Jerusalén el año 50, que, en rigor, no puede llamarse un Concilio Ecuménico, habló de los Concilios Ecuménicos propiamente dichos, desde el Concilio de Nicea, en 325, hasta el Concilio Vaticano I. En el primero fue definida contra Arrio la divinidad de Cristo; en el último, además de condenar el racionalismo y reafirmar la fe católica, se

efectuó la solemne definición del Primado y la infalibilidad personal del Sumo Pontífice. Son veinte costelaciones que brillan esplendorosamente en el amplio y sereno firmamento de la Iglesia.

Un hecho interno de la Iglesia

Por lo que respecta a los fines del presente Concilio, el cual, puesto que se celebrará en el Vaticano, llevará el nombre de Vaticano II, hay que tener presente lo que repetidas veces ha proclamado el Sumo Pontífice. El Concilio tiende principalmente a una reafirmación de la doctrina de la Iglesia, a un reflorecimiento de vida sacerdotal y cristiana, a una adaptación a nuestro tiempo de la disciplina eclesiástica y de las formas de apostolado con el fin de preparar el camino a la tercera gran empresa anunciada por el Pontífice reinante: la puesta al día del Código de Derecho Canónico. De rechazo, es vivo el deseo de que aquellos que, aunque gloriándose del nombre cristiano están sin embargo fuera de la Iglesia, retornen a la única Iglesia de Cristo, que es la Iglesia católica. Es un deseo y una esperanza que con la gracia de Dios y la buena voluntad de los hombres no se verán defraudados.

Hablando de la preparación del Concilio Vaticano II, monseñor Felici ha observado que ningún Concilio fue preparado con un cuidado tan meticuloso y detenido. La fase antepreparatoria ha durado desde Pentecostés de 1959 a Pentecostés de 1960, y en ella se realizó una consulta, única en la Historia, de 2.594 entre Patriarcas, Arzobispos, Obispos; de 156 superiores religiosos, de 62 Institutos de Estudios Superiores de todo el mundo, además de los Sagrados Dicasterios de la Curia Romana. De aquí ha resultado un inmenso material de sugerencias, deseos, propuestas, estudios que se han incluido en quince gruesos volúmenes. El que por razón de su cargo pueda leerlos y consultarlos descubrirá en ellos la fisonomía de la Iglesia en este siglo con sus ansias, preocupaciones, deseos, anhelos, esperanzas.

El ilustre Prelado presentó un precioso volumen de datos estadísticos sobre la consulta realizada.

La fase más propiamente preparatoria comenzó con el *Motu Proprio Supremo Dei mutu* del 5 de junio del pasado año, y se ha caracterizado por el diligente estudio que de los problemas surgidos de la consulta hacen las diez comisiones y los tres Secretarios establecidos por el Sumo Pontífice, y de los que forman parte ilustres Prelados y estudiosos de todo el mundo, alrededor de ochocientas personas. Están representados todos los continentes, todas las razas, todos los ritos. Maravilloso preludio al ecumenismo de las sesiones conciliares.

A este respecto monseñor Felici evocó con emocionadas palabras y viva gratitud la gran figura del eminentísimo Cardenal Tardini, recientemente fallecido, el cual, desde la preparación del Concilio hasta su primer comienzo, fue el alma alentadora y ardiente promotor, secundando fielmente las sabias directrices del Romano Pontífice.

Vivísimas esperanzas.

El trabajo de las Comisiones está ya muy avanzado; algunas incluso casi lo han terminado. Compete ahora a la Comisión Suprema examinar el fruto del trabajo de cada

Comisión para facilitar al Papa indicaciones valiosas sobre los temas que constituirán la materia de las discusiones conciliares y que serán seleccionados por el mismo Sumo Pontífice. Será una labor de penetración y prudencia en la que brillarán las dotes de sabiduría y de esclarecido equilibrio de los Cardenales, Patriarcas, Arzobispos y Obispos, de los superiores religiosos que constituyen la Comisión Central bajo la presidencia directa del Padre Santo.

Los temas que formarán la materia de discusión conciliar podrán ser desde importantes cuestiones doctrinales sobre la constitución de la iglesia, la fe, fuentes de la revelación, orden moral y social, hasta cuestiones disciplinares referentes a sacerdotes, religiosos y seglares, sagra-da liturgia, ministerio sagrado y apostolado, pastoral, vida

sacramental y el problema misional, nunca tan importante como en nuestros días.

El excelentísimo Prelado concluyó como sigue: "Los temas que se van perfilando después del estudio de las Comisiones son de viva y palpitante actualidad y de gran interés para la Iglesia; es una levadura oculta que hará fermentar con las poderosas energías del espíritu la gran masa, suscitando ese espectáculo de unidad, verdad y caridad que será el más bello ornato de la Iglesia y permanecerá como ornamento imperecedero de nuestro siglo en medio del ardor de las pasiones y egoísmos humanos. Una vez más los poderes del infierno *non praevalerunt adversus Ecclesiam*, que triunfará, como Madre y Maestra, pacificadora divina de los hombres con el esplendor de las cosas santas."

(*L'Osservatore Romano*, 12 agosto 1961.)

PERDON PARA PERSEGUIDORES Y PERSEGUIDOS

DECLARACION DEL EPISCOPADO ALEMAN EN OCASION DEL PROCESO EICHMANN

Los Obispos alemanes, reunidos en Bühl, han hablado, entre otras cosas, de los problemas planteados por el proceso Eichmann. Comprueban que los católicos alemanes siguen este proceso con mucha seriedad y se sienten profundamente afectados de que desmanes tan espantosos hayan podido cometerse por hombres de nuestro país.

Los testimonios desconcertantes oídos durante este proceso obligan a hacerse de nuevo esta pregunta: ¿Cómo se ha podido llegar a esta horrible degradación de la dignidad humana y a la destrucción de innumerables vidas humanas? Si se hizo así es porque los gobernantes de nuestro país se permitieron abolir las leyes eternas de Dios.

Nuestro pueblo debe hacer todo lo que es humanamente posible para reparar el mal que se ha hecho al pueblo judío y a otros pueblos. Es necesaria la reparación material, pero ella sola no basta. Por lo cual los Obispos acuden a los católicos alemanes para que, con espíritu de expiación, imploren de Dios el perdón de los pecados que

han sido cometidos por gentes de nuestro pueblo y pidan por la paz y la reconciliación. Al mismo tiempo recurrimos a la iniciativa de los sacerdotes y seglares para que unan a la oración, según las posibilidades que se les ofrecen, gestos visibles de expiación efectiva.

Los Obispos se dirigen de manera apremiante a la conciencia de los hombres y mujeres que hoy tienen responsabilidades en nuestro país para que se opongan a toda tentativa de abolir de nuevo los mandamientos de Dios, tentativa que amenazarían una vez más la dignidad y los derechos humanos.

Con todo, es de desear que los que contribuyen a formar la opinión pública mantengan en la conciencia de la población de nuestro país, y particularmente de su juventud, el recuerdo vivo de esas mujeres y de esos hombres desinteresados que, en esas horas sombrías de nuestra historia, ayudaron a los perseguidos con riesgo de su vida y con frecuencia compartieron sus pruebas hasta la muerte.

Oración por las víctimas judías y sus perseguidores.

¡Señor, Dios nuestro Padre, Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob, Padre de misericordia y Dios de todo consuelo! Vos que cuidasteis de vuestro siervo Israel y le enviasteis, así como a los otros hombres, un Redentor en la persona de vuestro Hijo. Vos que le habéis sacrificado por nosotros a Él, inocente, para que todos sean salvos por Él.

En vuestra presencia confesamos que en medio de nosotros han sido muertos innumerables hombres por pertenecer a un pueblo en el cual nació el Mesías según la carne.

Os suplicamos que llevéis al arrepentimiento y a la conversión a todos aquellos que, incluso entre nosotros, han sido cómplices por sus actos, sus omisiones y silencio. Llevadlos al arrepentimiento y a la conversión para que reparen todo el mal que han hecho. En nombre de vuestro Hijo perdonad en vuestra misericordia infinita

esta enorme culpa que no puede borrar ninguna reparación humana.

Haced que sea eficaz el ejemplo dado por los hombres que se han esforzado por ayudar a los perseguidos y oponerse a los perseguidores.

Consolad a los que están afligidos, apaciguad a los irritados, a los que sufren la soledad y la enfermedad. Curad las heridas que se han hecho a las almas. Dad a comprender cada vez más a nosotros y a todos los hombres que debemos amarnos unos a otros como nos ha amado vuestro hijo.

Dad vuestra paz en el reino de la vida a los que han sido muertos. Haced que su injusta muerte sea, sin embargo, una fuente de salvación por la sangre de vuestro Hijo Jesús que con Vos vive y reina en la unidad del Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amén.

31 de mayo de 1961

LA IGLESIA Y LA CONVERSION DE LOS JUDIOS

Un Postulado de valor histórico al Concilio Vaticano I

Pío IX y el Postulado en favor de la conversión de los judíos

En el número de julio de esta revista apareció el primer artículo acerca del postulado presentado al Concilio Vaticano I por los sacerdotes hermanos Lemann. Comentamos en aquel artículo la figura de los autores y su convicción de la importancia histórico-mística de su intento, que queda narrado en su libro (1). Continuando el estudio de esta "página de la historia de la Iglesia", vamos a resumir ahora el contenido de los capítulos I-VI, en los que se presenta el comienzo de las gestiones hechas por ambos hermanos para realizar su gran empresa.

Llenos de aquella fe de los hombres que se sienten llamados a una misión providencial, y con una visión de los acontecimientos y de las cosas que cae de lleno en la visión bíblica de los acontecimientos que posee su pueblo, y que es expresada con un estilo lleno de imaginación y colorido, nos dan un relato de su gestión en el que vamos a distinguir dos cosas: la primera, los mismos hechos objetivos que relatan, y la segunda, las comparaciones y sucesos secundarios, que con profunda fe hacen entrar en el curso providencial de la dirección del asunto por la divina Providencia.

Actitud de Pío IX respecto a los judíos

Los autores presentan, para iniciar su libro, una conmovedora imagen del pueblo judío: aquel judío errante que el poeta también judío Enrique Heine presentó como un ciervo perseguido por el cazador, que a través de las tempestades de fuego y agua llega a ver la aurora de su libertad en el famoso decreto de la Asamblea Francesa revolucionaria del 26 de septiembre de 1791, con que se daba plenitud de derechos civiles a los judíos al igual de los demás ciudadanos, se halla ahora, personificado en los dos hermanos de la raza de Israel, a las puertas del Concilio Vaticano.

Gemelos de nacimiento, convertidos juntamente a los 19 años de edad, ordenados juntos de sacerdotes católicos, y habiendo celebrado a la misma hora y en la misma iglesia su primera misa, los dos hermanos se hallan unidos en la misma empresa de salvación de su triste pueblo, y han acudido a las puertas del Concilio Vaticano con esta esperanza en el corazón. Oyeron al Concilio hablar de la necesidad de una resurrección de la sociedad. Y la interpretaron naturalmente a través de su amor, recordando la resurrección futura de su pueblo, que anunciara Ezequiel. Y para acelerarla decidieron convertirse en los sucesores del judío errante, acudiendo a los obispos de todo el mundo para implorar su piedad en favor de su pueblo.

Ellos también como Ramière en su famoso libro sobre el Apostolado de la Oración, presentan la profecía de Ezequiel en doble fase de cumplimiento (2). La resurrección de los muertos en el gran campo, que el profeta contempla, se verifica primero en juntura y reconstrucción de armazón de esqueletos, y después en insuflación del

espíritu de vida. Lo primero fue hecho por los poderes civiles de la Asamblea; lo segundo, la verdadera resurrección sólo Dios puede hacerla, y se vale para ello de su Iglesia (3).

Pío IX con un admirable espíritu de caridad ha sabido ver la marcha de los tiempos, y se ha inclinado de manera paternal sobre el pueblo judío de sus propios Estados. Ha dicho a los dos hermanos una palabra improvisada, que revela bien el fondo de su corazón en este asunto, que es el fondo del corazón de la misma Iglesia: "Vos estis filii Abrahæ, et Ego..." Sois hijos de Abraham, pues bien también Yo lo soy...

Como las ciudades cristianas, y con razones más especiales que ellas en la antigüedad, por una parte de preservación de la fe, y por otra de preservación de vidas tanto judías como cristianas, Roma abrigaba en su recinto el ghetto judaico, o barrio judío, separado del resto. La víspera del día de Pascua de 1848, Pío IX, habiendo mantenido en secreto hasta el último instante su decisión, dio orden de deruir a golpes de pico las puertas del ghetto una noche de luna clara. Todo el barrio se levantó con lágrimas de agradecimiento en los ojos a contemplar la obra de redención, y aunque los romanos no dejaron de intentar un motín a la mañana para impedir la ejecución de la libertad de Israel, pero Pío IX mantuvo inflexible su salvadora decisión entre el tumulto.

El gran rabino de Turín, en ocasión de una inauguración de monumento israelí pronunció estas palabras: "El nombre de Pío IX debe ser esculpido en mármol con un diamante, entre los grandes bienhechores de Israel".

No deja de poderse apreciar en el mismo relato que no siempre la justicia por desgracia había presidido, desde cualquiera de las dos partes que se mire, las relaciones entre judíos y cristianos. Pero Pío IX había comprendido bien el Corazón de Aquel a quien representaba. En una ocasión, hizo pagar de su propio dinero 2.000 escudos a un hijo de Israel, que debía cobrar una deuda de una comunidad religiosa, demasiado pobre para pagarla, y lo hizo así "porque, pues cuenta con el derecho, no se le ha de hacer injusticia".

Otra muestra de estas antiguas remembranzas humillantes para Israel, irritantes en su perseverancia, es otra costumbre, que también abolió el Papa. Cuando era elegido un nuevo Pontífice los representantes de la comunidad judía romana debían esperarle bajo el arco de Tito, recuerdo de la sumisión de Jerusalén a Roma, y pedir permiso para continuar viviendo en la ciudad romana. Pío IX hizo cesar esta costumbre, vuelta intolerable para los tiempos. Asimismo suprimió varios impuestos y ceremonias, siempre humillantes para Israel, que era tratado como ciudadano de otra clase en varias cosas.

Un israelita alemán salvó la vida a tres misioneros católicos, y el Papa le envió en señal de agradecimiento la gran Cruz de San Gregorio el Grande. Pero como en una visita posterior el judío se manifestase que le resultaba imposible, como a judío, llevar por distinción honorífica una cruz, el Papa le entregó una miniatura suya, que el israelita llevaba con orgullo en su pecho.

Podrá apreciarse la complicada situación de los israelitas en Roma con este rasgo referido por los autores. Sus hermanos de raza les pidieron, conociendo la confianza que les dispensaba el Papa, que les alcanzasen el derecho de propiedad en la ciudad de Roma, no reconocido por la ley. Mas los dos sacerdotes católicos, que conocían bien el problema, se negaron cortésmente a hacer tal gestión, diciendo: "Debéis de comprender que, así como en Israel ningún derecho podían tener los extranjeros a poseer, para que la tierra sagrada de nuestros padres no fuese a parar a otras manos, hay muchas razones por las cuales no es prudente vuestra petición de derecho de propiedad en Roma: podéis poseer tierras en todo el resto del mundo cristiano, pero no en la sagrada ciudad de Roma, cabeza del mundo cristiano".

Viene finalmente, como recuerdo el más preciado de la ternura de Pío IX por Israel, el caso del niño Edgard Mortara. Fue confiado por su familia israelita a una nodriza católica. Y habiendo caído gravemente enfermo, la piadosa nodriza bautizó en peligro de muerte al muchacho. Pero sanó, y la nodriza creyó deber manifestar el bautismo que le había conferido. La sinagoga de Bolonia promovió un escándalo, y se instó a sus padres a salir con el chico de los Estados Pontificios. Entonces intervino Pío IX, en defensa de la fe del niño y de su alma, con valentía apostólica.

Llamó a la familia y le hizo saber que habiendo sido hecho católico el muchacho, y peligrando su fe, que él deseaba mantener, con gusto les daría alojamiento permanente en los Estados Pontificios, corriendo por su cuenta todos los gastos de la familia. Pero que no podía dejar marchar al chico fuera, adonde habían de poner en grave peligro y amenaza los judíos su fe católica, como ya lo mostraban en sus palabras, pues tenía derecho a conservar su fe intacta. Instados por la revolución y por el judaísmo internacional, los padres de Mortara no aceptaron la benigna propuesta, y se marcharon fuera, mientras Pío IX guardaba consigo el muchacho. Este perseveró fiel a su fe, se hizo sacerdote y luego fue ascendido a canónigo de San Pedro, y recorrió varias naciones predicando la fe de Jesucristo y los beneficios de Dios, de los que decía: Oh qué desgracia para mí si mi nodriza no me hubiese bautizado en aquella ocasión. Tomó el nombre de Pío Mortara, agradecido a Pío IX, el cual había llevado el asunto con tanta delicadeza, que hacía escribir cada mes al chico una carta dirigida a sus padres, con perseverancia por años, a pesar de que ellos nunca la contestaban. Aquella ternura filial de hijo parece que dio sus frutos, aunque secretos.

Pero el suceso había brindado a la revolución la ocasión apetecida para levantar un huracán contra el Papa. La acusación de raptor se desencadenó contra él en todos los tonos virulentos, intervinieron muchos gobiernos. Dijo una vez el Papa a los hermanos Lemann: "Vuestro gobierno (francés, de Napoleón III) ha empleado la amenaza y la promesa para hacerme traicionar mi deber: pero, ¿podría acaso yo, el representante de Jesucristo, abandonar ante el motín a un alma bautizada? Iba acaso el Papa arrojar las margaritas a los puercos?"

Con razón dicen los autores: un día la historia habrá de contar este hecho: un sucesor de San Pedro fue colocado ante esta alternativa, o de renunciar a un alma bautizada, exponiéndola al peligro de condenación, o de

verse despojar de su poder temporal. Y él no vaciló en la elección. Tal vez este rasgo ilumina con luz más clara el trascendental suceso de la pérdida de los Estados Pontificios, por la defección calculada del emperador francés. Y en esta heroica elección mostró el gran Papa toda su grandeza de sucesor de Pedro y representante de Cristo, que no jugaba con palabras, sino sentía el peso de una sola alma.

Pío IX bendice la empresa del Postulado

Los hermanos Lemann confiesan deber su misión al mismo Papa. Un día habían recibido esta breve carta del Pontífice, que les distinguía con su paterno afecto:

"Os felicitamos, queridos hijos, porque transportados a la luz y al Reino de Dios, consagráis la fuerza de vuestra caridad cristiana que ha sido depositada en vosotros, a procurar la salvación de aquellos con los que antaño vivíais en tinieblas.

"Estimamos muy grata vuestra fidelidad a esta Santa Sede, en la que encuentra su firmeza la unidad católica, y pedimos a Dios, que del mismo modo que ha hecho brillar su gracia en vosotros, ilumine por medio de vuestro celo y trabajo el espíritu de vuestros hermanos, de manera que los traiga a todos, cuanto antes, a Nos, *para que por fin no haya más que un solo rebaño y un solo pastor.*

"Como prenda de los dones celestes y de Nuestra ternura paternal, os damos la Bendición Apostólica. En Roma, en San Pedro, a 6 de febrero de 1867, año XXI de nuestro Pontificado.

Pío IX, Papa"

Consideraron ya ellos en adelante su misión sellada por la mano del representante de Dios. Y se entregaron a ella con ardor.

Un manuscrito de 156 páginas, titulado: "La cuestión del Mesías y el Concilio Vaticano", fue enviado a la mayoría de los Obispos llegados al mismo. En él se hacía historia del pueblo judío después de Cristo, dividiéndola en tres períodos: a) *período de inquietud*, cuando después de la destrucción e incendio del Templo en el año 70, fueron quemadas con el mismo las genealogías oficiales conservadas cuidadosamente, que servían para distinguir a la tribu de Judá, de la cual debía nacer el Mesías, según las profecías. Ya no era posible, seguir la línea, y los judíos para evitar la conclusión (después de Cristo ya no existía la familia de David), cayeron en los disparates de la cábala, y en un confuso laberinto de interpretaciones; b) *período de desesperación silenciosa*, durante la edad media. El aislamiento de los judíos en sus ghettos de las naciones cristianas juveniles, les vuelve en defensa propia hacia dentro, haciendo de cada comunidad un intérprete distinto. El Talmud sustituye al estudio directo de la Biblia, y subraya con ardientes maldiciones la inutilidad de los esfuerzos de los buscadores del Mesías: "Malditos sean los que quieran calcular los tiempos del Mesías", dirá el Talmud babilónico. La cuestión mesiánica se racionalizará, ha sido ahogada en ellos por la mala voluntad; c) *período de racionalismo e indiferentismo*, en que nace la idea del Mesías mítico, que es el mismo pueblo de Israel, borrada toda persona. Hasta hoy ya, para la ma-

yoría de los judíos, el Mesías será la idea mesiánica, la idea del reino del monoteísmo y de la fraternidad y libertad de los pueblos. (Recuérdese cómo esta misma tesis es la que prevalece en el libro de Ben Gurión, y en la idea del Estado de Israel, y asimismo en la famosa película sobre los Diez Mandamientos.)

Termina el manuscrito con la presentación de la verdadera esperanza de Israel: ésta es dibujada por los autores con los trazos conmovedores de la bíblica historia de José. El hambre del mundo, la plenitud de los graneros de la Roma católica, y la ternura del reconocimiento de sus hermanos antes traidores a los que José da el abrazo de la paz, sirven a los hermanos Lemmann para presentar la esperanza del abrazo de Israel por la Iglesia, que alza sus brazos en Roma por los Padres del Concilio.

Después de haber enviado este manuscrito ya impreso a todos los Obispos, los autores hacen una conmovedora peregrinación para alcanzar la protección de los Santos. Santa Inés, Santa Cecilia, el Panteón, San Pedro, San Pablo Extramuros los ven llegar cargados de su precioso tesoro. En el Panteón alzan sus ojos a la única abertura central de la bóveda, por donde desciende toda la luz, y ven en ella la luz de la gracia que sólo del cielo puede descender. En San Pedro apoyan su cabeza y corazón sobre la columna en la que Cristo enseñaba en el Templo, y asisten a la misa de Pío IX en el altar papal, cuando a la elevación levanta el Papa la Hostia Santa en las cuatro direcciones cardinales. En San Pablo, apóstol de las naciones, encuentran conmovidos, en su rasgo que estiman providencial, junto al altar a un Obispo de los Esquimales y a otro de los Cafres, que les dicen ellos mismos ser el testimonio de que ya se está cumpliendo de un extremo a otro del globo la plenitud de las naciones, y por tanto de que avanza la hora de Israel.

Todavía escriben una segunda obrita, impresa en la tipografía Vaticana, sobre "La disolución de la Sinagoga frente a la vitalidad de la Iglesia", entablando una amable y cortés polémica con un redactor del periódico francés "Universo israelita". En ella se halla un majestuoso paralelo entre la frase memorable del Dios de Abraham: *Yo soy el que soy*, y la frase de Cristo a Pedro: *Tú eres Piedra*. La sinagoga es mostrada herida de muerte al correr de los tiempos, mientras la Iglesia aparece rebosante de salud.

Redactado finalmente ya el texto del Postulado, del cual diremos en otra ocasión, es presentado a Pío IX antes de ir a recoger las firmas de los Obispos Católicos del Concilio, con las que se ofrecerá a la mesa de la Asamblea Vaticana.

El 20 de enero de 1870, aniversario de la fecha de la célebre aparición de la Milagrosa a Alfonso Ratisbona, el judío convertido por la Virgen, asisten en la capilla particular del Papa a la Santa Misa que Él celebra para ellos, y para su empresa. Ofreciendo la Misa por su querida intención, sentíanse llenos de la idea de la conversión deseada, y repetían en su interior mirando al Papa: *Tu es Christus — Tu es Petrus — Tu es Immaculata — Tu es Infallibilis*. Cuatro verdades grandiosas que un día Israel propagará en su conversión, como Ratisbona.

Después les recibe Pío IX en audiencia particular. A la salida de la audiencia, Mons. Mercurelli, Secretario del Papa, obtiene para ellos una fotografía del Pontífice en actitud de bendecir, con estas palabras escritas de su propia mano:

Benedicet vos Deus et coeptum vestrum — Pius PP. IX
Dios os bendecirá a vosotros, y a vuestra empresa.

La histórica gestión está en marcha, bendecida directamente por la mano del representante de Cristo. Ciertamente Dios mismo la bendice, y Él será quien la haga florecer.

Juan Manuel IGARTUA, SJ.

SUMARIO

Exhortación del Papa en favor de la Paz

El Concilio Ecuménico, esperanza de renovación. Conferencia de Mons. Felici

Perdón para perseguidores y perseguidos. Declaración del Episcopado alemán

La Iglesia y la conversión de los judíos, por Juan Manuel Igartua, S. I.

La socialización en la Encíclica, por Fraxinius Excelsior

Mater et Magistra y las comunidades políticas atrasadas, por J. M. Martínez Mari

La Encíclica «Mater et Magistra» y la declaración de «Punta Este», por Jesús Sáinz Mazpule

La persecución religiosa en Cuba: Paralelismo de dos documentos, por A. T. C.

Triple amor de Jesucristo, por Roberto Cayuela, S. I.

El universal problema teológico, por Enrique de Cabo

Literatura de la época románica, por Francisco Salvá Miquel

LA SOCIALIZACION EN LA ENCICLICA

(Glosa a la «Mater et Magistra»)

La tan esperada y tan oportuna encíclica "Mater et Magistra" que sobre los problemas sociales ha publicado nuestro Pontífice felizmente reinante S. S. Juan XXIII, es tan amplia y su estructura y su problemática son, en gran parte, tan nuevas, que la labor de su estudio y la de su comentario han de ser forzosamente lentas y, por lo menos en sus comienzos, necesariamente fragmentarias.

No sería inoportuno, por ejemplo, comparar, en cuanto a las doctrinas económicas vigentes y a los temidos bandazos de los movimientos políticos, el momento de la aparición de la "Rerum Novarum", con el momento presente. Este método histórico nos llevaría probablemente de la mano a apreciar cómo se debe el enfoque moderno de la nueva encíclica, en la que, sin olvidar que en ciertas regiones del globo todavía es actual el planteo del decimonónico problema de las relaciones entre patronos y obreros, cobran singular importancia las repercusiones morales y sociales de los grandes acontecimientos de la economía y en especial los desequilibrios entre las distintas actividades básicas (agricultura e industria) o entre los diversos grupos de pueblos (desarrollados y subdesarrollados).

También es de notar que la mayor parte de la encíclica se dedica a actualizar la problemática examinada en anteriores documentos pontificios, bien exponiendo nuevas modalidades de cuestiones conocidas, bien sometiendo a la luz de la doctrina problemas enteramente nuevos. Estas exposiciones se hacen, en general, de una manera objetiva, limitándose a describir los hechos en sí mismos y el lector atento puede adivinar que todo el escrito está impregnado de una intensa caridad cristiana para los hombres de buena voluntad que, en la práctica, se verán enfrentados a antinomias que no es seguro que tengan solución; a su beneficio, es exposición objetiva de los problemas es continuada con una mención de los preceptos generales que constituirán una base sólida para encontrar una solución aconsejable según sean los detalles técnicos y las circunstancias precisas de lugar y de tiempo.

Hacia el final de la encíclica, doblado ya el 80 por ciento de su extensión, se subrayan los acentos de autoridad propios de la Suprema Cátedra y se reafirman de una manera segura las causas finales que han de determinar toda nuestra acción apostólica y social.

* * *

Dada, pues, la imposibilidad de comentar en un breve y modesto escrito más que un fragmento de la encíclica, intentaré sumariamente glosar lo que en ella se dice sobre el tema de la "socialización", tema que se encuentra en la segunda parte, subtitulada "Determinaciones y aplicaciones de la Rerum Novarum" y que es uno de los que serán estudiados, Dios mediante, en la próxima de las anuales conversaciones de Poblet.

Por socialización entiende el Pontífice "un progresivo

multiplicarse de las relaciones de convivencia, con diversas formas de vida y de actividad asociada, y como institucionalización jurídica". Una cooperativa obrera de artículos de consumo, una cooperativa agrícola de adquisición de maquinaria, un club de fútbol, una compañía constructora de buques y una institución estatal, empresarial u obrera para la defensa económica y la asistencia médica de los enfermos que ocurran entre los obreros de un cierto grupo son unos pocos ejemplos de esta tendencia sacados entre los muchos que cotidianamente se ofrecen al lector.

Esta socialización es "reflejo y causa de una creciente intervención de los poderes públicos, aún en los sectores más delicados", pero sobre todo es fruto de la tendencia natural de los seres humanos a asociarse para conseguir los objetivos que exigen mayores medios que aquellos de que dispone cada individuo. La socialización es, en suma, creación de los hombres que son "seres conscientes, libres e inclinados por la naturaleza a obrar con responsabilidad".

La socialización ha podido aparecer gracias al progreso técnico y al aumento de productividad que son causa del más elevado nivel de vida y, por lo tanto, lo que de ella se diga es aplicable principalmente a los países desarrollados o, por lo menos en vías de desarrollo.

¿Hemos de considerar buena o mala la socialización? Para contestar esta pregunta me atreveré a separarme del texto de la encíclica siguiendo una línea exegética que sobre otro tema oí hace unos días de labios del P. Chevalier, S. I., en uno de los coloquios celebrados en Friburgo en ocasión del XL Aniversario de la fundación de "Pax Romana".

En la socialización hay que distinguir los bienes que produce y los métodos que emplea.

Es evidente que hemos de prescindir en nuestro razonamiento de las comunidades que persiguen específicamente finalidades inmorales, por ejemplo propaganda del ateísmo, difusión de impresos pornográficos, etc. Por lo tanto, puede afirmarse con alguna generalidad que las finalidades que procura la socialización son buenas en sí. Gracias a ella, dice explícitamente el Papa, son más fácilmente satisfechos los derechos de la persona, en particular los económico-sociales, y de una manera principal el sustento diario, la conservación de la salud, la instrucción básica más elevada, la formación profesional más completa, la vivienda, el trabajo, el conveniente descanso y la honesta diversión. También, gracias a la organización y al progreso técnico de los medios modernos de difusión del pensamiento (prensa, cine, radio y televisión), los particulares pueden participar en los acontecimientos humanos de escala mundial.

¿Qué hay que decir de los métodos? No es posible ignorar que generalmente los católicos se suelen mostrar muy aprensivos sobre este aspecto y, en efecto, el Papa hace notar que la socialización "sigue métodos y crea ambientes que dificultan el que cada uno piense independientemente de los influjos externos, obre por iniciativa

propia, ejercite su responsabilidad y afirme y enriquezca su persona". Sin embargo, y sin solución de continuidad, contesta negativamente a la pregunta de si la socialización ha de convertir necesariamente a los hombres en autómatas.

La razón que da el Papa para esta esperanzadora contestación negativa es de tipo filosófico: se funda en que la socialización no es el producto de ciegas fuerzas naturales, sino que, como antes se ha reseñado, es creación de los hombres como seres libres. Esto le lleva a postular que la socialización puede (y, por lo tanto, debe) "ser realizada de modo que se obtengan las ventajas que trae consigo y se aparten o se frenen los reflejos negativos".

Sin embargo, entre el principio filosófico y la segura conclusión ¿qué dificultades inquietan al hombre práctico en su vida práctica! En este punto el Papa sugiere la necesidad de que la autoridad pública esté investida de una sana concepción del bien común y que, para el debido equilibrio, existan oportunamente organismos intermedios, lo cual podrá parecer a algunos, en errónea paradoja, que equivale a una intensificación de la socialización.

El criterio más seguro para orientarse en estas cuestiones tan difíciles en la práctica es tender al conjunto de "condiciones sociales que permiten y favorecen en los seres humanos el desarrollo integral de su persona". Esta frase del Papa permite creer, aún en los métodos, la socialización puede presentar aspectos positivos, como dentro de pocas líneas me esforzaré en hacer ver.

Nadie duda de que la socialización favorece el desarrollo de las personas evitando, por ejemplo, ciertas enfermedades (sobre todo infantiles) y posibilitando una mayor instrucción; la cuestión está en determinar en cada caso cuál es, de las posibles soluciones contempladas, la que está más cerca de conseguir que este desarrollo sea integral.

Para ello será necesario advertir —lo cual es olvidado a menudo por los católicos— que, en efecto, algunas de "estas condiciones sociales... favorecen el desarrollo integral" de la persona. En mi opinión particular podría citarse, por ejemplo, que la socialización nos ofrece más frecuente ocasión de practicar la caridad fraterna hacia nuestros superiores y, en su caso, hacia nuestros subordinados, nos da una más clara concepción de nuestros deberes y, en general, el cristiano puede encontrar con ella una más viva propensión hacia todas las virtudes íntimas.

Y aunque el lector tenga sus buenas razones para no estar completamente de acuerdo con mi último párrafo, quede, sin embargo, claro que todos tenemos el deber de revisar constantemente los métodos de las socializaciones en que participamos, a fin de acercarlas en todo lo posible al ideal descrito por el Papa, ideal que desde luego es en teoría posible conseguir. Y para ello deberemos aplicar, cada uno en su esfera, los consejos que de una manera genérica nos da el Papa.

* * *

Estimo, finalmente, que no sobraré en un modesto escrito de divulgación, como el presente, el planteo de un corto número de casos prácticos en los que se podrá notar lo variado y complejo de la problemática a la que se debe aplicar la doctrina del Papa.

1.º La vida social en una pequeña capital de montaña.

El número del segundo trimestre del año en curso de la revista "Queralt" explica, con la firma del señor Pons Alsina, cómo en Berga desaparecen las orquestas, los orfeones, las compañías teatrales de aficionados y hasta los equipos de fútbol. Las gentes, a través del cine, de la radio y de la televisión, se sienten atraídas por astros lejanos y disipan su tiempo sin provecho para nadie, relajando incluso los más estrechos vínculos de familia o de amistad. Puede que tengan alguna culpa en ello, como quiere el autor, los turnos de trabajo en las fábricas, pero recuérdense los horarios de trabajo de hace treinta o cuarenta años y se verá el poco valor del argumento. Promueva quien pueda y deba una oportuna socialización intermedia, colaborando económicamente y por la presencia personal con las nuevas o viejas sociedades, convocando concursos, etc., estimulando en fin a muchos "a tomar parte activa en su vida", y Berga volverá a tener como otrora cantores y poetas, pintores y polígrafos, y, si conviene, hasta jugadores de fútbol.

2.º La instrucción primaria en distritos rurales de muy baja densidad de población.

Parece ser que en la provincia de Guadalajara existe un buen número de núcleos habitados de tan reducida población que, de haber en ellos escuela primaria, no asistirían en cada una más que dos o tres niños. Se ha decidido, por lo visto, construir un internado en la capital de la provincia en el cual serán alojados e instruidos gratuitamente los niños y niñas procedentes de dichos pequeños núcleos de población.

Generosa iniciativa de socialización por parte de los poderes públicos y que tiende, ciertamente, al desarrollo de la persona de los niños en cuestión. Es dudoso, sin embargo, que este desarrollo pueda en justicia ser calificado de integral. Es de temer por el porvenir de estos niños, la afectividad de cuyos lazos familiares quedará seriamente comprometida y es de prever para dentro de algunos lustros la definitiva despoblación de los distritos objeto de esta medida.

¿No se ha pensado en la posibilidad de utilizar escuelas ya existentes en ambientes menos dispares (o a lo sumo construir las necesarias) y transportar diariamente, o semanalmente, los dichos niños en un jeep o en microbús? Parece que ésta ha de ser una solución de coste inferior a la elegida. Y ruego que se me perdone si estoy equivocado, ya que he escrito esta nota bajo la sola impresión de un brevísimo reportaje televisado.

3.º El problema del llamado institucionalismo.

En la propia encíclica se nos habla de la "institucionalización jurídica". Este problema consiste en el juicio de valor que hemos de hacer de las "instituciones", gracias a las cuales, en los últimos decenios, los obreros han conseguido en gran parte su seguridad social, la asistencia médica y farmacéutica, un acceso a los deportes y a los viajes, etc. En los últimos años este problema ha sido objeto de profundos estudios por parte de los grupos de trabajo de SIIAEC (ingenieros católicos afiliados a "Pax Romana") y ha dado lugar a una amistosa y probablemente fecunda polémica, principalmente entre grupos franceses y grupos alemanes. No me propongo ni tan sólo extractar dicha polémica, en parte por su elevado tecnicismo y en parte porque toda se ha desarrollado antes de

la publicación de la encíclica. Subrayaré, sin embargo, que dichas instituciones, de cuyos positivos beneficios nadie duda, pueden en principio considerarse sospechosas de no conseguir todas las cualidades que, según el Papa, se pueden y se deben esperar de una socialización bien entendida.

4.º Las asociaciones católicas.

Con frecuencia estas asociaciones, y no en menor grado las de intelectuales, parecen resistirse por motivos

puramente humanos a esta especie de ecumenicidad a que el hombre moderno tiende libremente por medio de la socialización, "tanto dentro de cada una de las comunidades nacionales, como en el plano mundial".

Con razón nuestro editorialista recordaba en su breve presentación de la encíclica, que no deben los católicos desgastarse "en discusiones interminables". También en nuestro propio campo "los egoísmos individuales... difunden espesas nieblas".

FRAXINUS EXCELSIOR

"Mater et Magistra" y las comunidades políticas atrasadas

I

Se ha calificado por algunos (1) a la tercera parte de la Encíclica, como "la más importante y en todo caso la más original" y precisamente de esta tercera parte queremos ahora destacar todo lo relativo al problema de las comunidades y zonas atrasadas, "tal vez", dice el Pontífice, "el problema mayor de la época moderna".

I. Contenido de esta parte de la Encíclica

Remitiéndonos el texto original latino y a su traducción oficial en castellano (2) vamos a intentar un breve resumen del contenido del Documento en lo relativo al tema que ahora desarrollamos.

En lugares distintos de la misma tercera parte, se nos habla de las "zonas subdesarrolladas" dentro de un mismo país y de las comunidades políticas atrasadas. El problema es similar, si bien no idéntico, y por ello muchas de las aplicaciones son válidas para ambos casos.

Juan XXIII afirma, respecto a las zonas subdesarrolladas de un mismo país, lo que sigue:

1.º Las desigualdades se deben a que "unos viven y trabajan en zonas económicamente más desarrolladas y los otros en zonas económicamente menos desarrolladas".

2.º Es necesario eliminar esas desigualdades, actuando el Estado y la iniciativa privada. Al primero corresponde asegurar los servicios públicos esenciales, emprender adecuada política social respecto a empleo, salario, emigración interior, crédito, inversiones y estímulos. Dos escollos a evitar: el favoritismo de un sector productivo en detrimento de los otros y el excesivo paternalismo que impediría que los ciudadanos fuesen los protagonistas personales de su elevación económica: promoción, pero con sentido social y no benéfico podríamos decir.

La iniciativa privada debe también contribuir a establecer el equilibrio económico y social entre las diferentes zonas de una misma nación.

Mucho más extenso es el contenido de la parte destinada a los problemas de las comunidades políticas atra-

sadas y de sus relaciones con los países más desarrollados económicamente.

En síntesis, se afirma a este respecto, en la Encíclica:

1.º Responsabilidad general de todos nosotros y particularmente de los más favorecidos, por la situación trágica de las poblaciones subalimentadas. Las comunidades políticas que disponen de medios de vida exuberantes no pueden permanecer indiferentes ante las comunidades políticas cuyos miembros luchan contra el hambre y la indigencia.

2.º Ayudas posibles a los países atrasados son:

a) Como ayuda de emergencia, puramente pasiva, socorrer a aquellos países con los excedentes agrícolas que hoy se destruyen o desperdician (3).

b) Ayudas positivas son la ayuda en capitales, a través de organismos mundiales, sociedades privadas, fundaciones o Estados por sí solos, y la ayuda técnica para que los ciudadanos alcancen competencia científica y aptitud profesional.

3.º Tres advertencias o peligros que preocupan al Pontífice son:

a) Respecto a las comunidades políticas, deben no sólo producir más, sino cuidar de la adecuada distribución de lo producido y del desarrollo armónico de los tres sectores productivos: agricultura, industria y servicios.

b) En cuanto a las comunidades desarrolladas que prestan su ayuda a los países atrasados, deben evitar la nueva forma de colonialismo que supondría el aprovecharse de su situación para influir en la política interior de aquéllos, y mediante esa sumisión encontrar facilidades para sus planes de predominio mundial. La cooperación técnico-financiera se debe prestar "con el más sincero desinterés político".

(3) Dice S. CHANDRASEKAR en *Pueblos hambrientos y tierras despobladas*, ed. Aguilar. Madrid, 1957, pág. 183: "Gracias a la técnica moderna ciertos países como Estados Unidos y Canadá se encuentran oprimidos por un exceso de producción agraria, mientras que otros, como la India y China, que se encuentran con una inanición crónica, quizá no se encuentren en condiciones de adquirir aquel exceso de cereales. En vez de obtener los países deficitarios los alimentos suficientes de aquellos que poseen excedentes de ellos, la solución que se ha dado actualmente al problema es absurda desde el punto de vista económico o del comercio mundial, por no hablar del aspecto humanitario del problema..."

(1) Informatives Catholiques Internationales, n.º 151, París, 1.º septiembre 1961, pág. 23.

(2) Cfr. el texto publicado en CRISTIANDAD, n.º 366 del mes de agosto pasado. También puede verse en Eudesia, n.º 1.045 de 22 de julio último.

c) No todo termina con la obtención del progreso científico o con el logro de un nivel de vida considerable: "los progresos científico-técnicos... no son ni pueden ser considerados como valores supremos, sino que... revisten un carácter esencialmente instrumental". Los pueblos desarrollados abundan en personas que defienden "como única razón de vida" el bienestar material, el progreso de las ciencias y de las técnicas, invirtiendo la jerarquía de valores en su conciencia. Estas ideas materialistas pueden contagiarse a los países subdesarrollados, "en los cuales no raras veces, por antigua tradición está aún viva y operante la conciencia de algunos de los más importantes valores humanos".

4.º La aportación de la Iglesia en el campo de la reducción de los pueblos atrasados, se realiza en los siguientes aspectos:

a) Los habitantes de las comunidades atrasadas al hacerse católicos, como así ha ocurrido siempre en la Historia, se sienten obligados a mejorar las instituciones y los ambientes del orden temporal.

b) Los ciudadanos católicos de las comunidades políticas atrasadas no ceden a nadie el primer puesto en participar en el esfuerzo que sus naciones hacen para progresar y elevarse en el campo económico social.

c) A su vez los ciudadanos católicos de los países adelantados, "multiplican sus iniciativas secundando y haciendo más fecunda la ayuda que se da a las comunidades en vías de desarrollo económico"; importante es la constatación de que ciudadanos católicos ayudan a través de Universidades y de becas, para la formación de personal capacitado desde el punto de vista técnico profesional.

Los católicos de ambas comunidades, dan testimonio de "la perenne vitalidad de la Iglesia en promover el progreso genuino y en vivificar las civilizaciones".

II. La preocupación por las zonas deprimidas

La actual generación de economistas centra su atención sobre los problemas que plantea el desarrollo económico desigual y la fractura existente entre las economías progresivas y las retrasadas.

Son ya muchos centenares los trabajos aparecidos en el mundo, exponiendo la teoría del desarrollo económico y la política social que debe seguirse para remediar aquella fractura; tanto se ha trabajado que incluso se viene hablando de una nueva disciplina teórica, separada de la general ciencia económica, preocupada solamente de los problemas típicos, fascinantes y de palpitante actualidad, generados por el desigual desarrollo de unos y otros países y de distintas regiones dentro de un mismo Estado.

En Italia, como en España, existe el problema del subdesarrollo de una parte de su suelo, y para ello se reunió en Milán el año 54 un Congreso Internacional para el Estudio de los Problemas de las Zonas atrasadas y la doctrina legal y los esfuerzos realizados para promover el adelanto de su "Mezzogiorno" deprimido, están constantemente presentes en el panorama diario del dirigente medio y habrán pesado en el ánimo de Juan XXIII al momento de tratar de la Encíclica del problema.

Desde el punto de vista internacional, los estudios y trabajos de la Organización de las Naciones Unidas para

la Agricultura y la Alimentación (FAO), los préstamos a países subdesarrollados del Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento y la labor de la Dirección de Asuntos Económicos de las Naciones Unidas, hace tiempo que a escala mundial, intentan paliar los conflictos provocados por el atraso de las regiones de Asia, América Central y del Sur, África y parte de Europa, que con el 66 por ciento de la población mundial, sólo percibe el 16 por ciento de la renta que se produce en todo el mundo.

El volumen del problema que tan trascendente aparece en la mente de Juan XXIII y que hasta le hace decir que es "el problema tal vez mayor de la época moderna", puede comprenderse fácilmente observando el cuadro núm. 1 (4).

Se comprende pues que la Encíclica "Mater et Magistra", resumiendo el ingente material existente, teórico y práctico, haya querido incrementar en los católicos la atención a los problemas del subdesarrollo y después de unas posibles soluciones técnicas, cuyas aplicaciones corren de cuenta de los especialistas y escapan de la competencia de la Iglesia como tales, aproveche la coyuntura para, en su verdadero terreno, aleccionarnos respecto a la verdadera jerarquía de valores, a la actitud del católico según se hallase colocado en uno u otro de los países desarrollados o atrasados, a las razones que imponen a las comunidades políticas que disponen de medios de subsistencia con exuberancia, "el deber de no permanecer indiferentes frente a las comunidades políticas cuyos miembros luchan contra las dificultades de la miseria y del hambre..." y a los católicos a la ayuda al que lucha contra la indigencia y la miseria y quiere mejorar las propias condiciones de vida, por "el hecho de ser miembros del Cuerpo Místico de Cristo".

Particularmente para nosotros, españoles, tiene particular valor la Encíclica por cuanto siendo el nuestro un país subdesarrollado, tenemos además una bien diferenciada economía a un lado y al otro del paralelo 42: nuestro sudeste, menos desarrollado, exige una actuación

(4) Publicado por V. MARRAMA en *Política económica de los países subdesarrollados*, Ed. Aguilar, Madrid, 1961.

CUADRO I

Población, renta total y renta "per capita"
por grandes zonas del mundo

ZONA	Población millones	Proporción de la población sobre el total %	Renta - Miles de millones de dólares	Proporción de renta sobre el total	Renta per capita
África	198	8,3	14	2,6	75
Norteamérica	213	9,0	237	43,6	1.100
Sudamérica	108	4,5	18	3,5	170
Asia	1.253	53,0	58	10,5	50
Europa	393	16,6	149	27,3	380
Rusia	193	8,1	59	11,0	310
Oceanía	12	0,5	7	1,5	560
Mundo	2.370	100	542	100	230

del poder público y de la iniciativa privada “para que esas desigualdades sean eliminadas o disminuidas” y cuantos remedios considere la técnica sean eficaces para terminar con ese atraso, deben ser aplicados urgentemente y secundados por todos nosotros (5).

III. La política social en las comunidades políticas deprimidas

No podemos ahora entrar en el detalle de las causas por las cuales un país llega a desarrollarse y otro permanece estancado o en desfase evidente con relación a su población y riqueza, pero vamos en cambio, a insistir algo acerca de los remedios que la política social y la teoría económica preconizan para hacer salir a un país o a una región, de una situación de pobreza y subdesarrollo.

En primer lugar está la asistencia o ayuda técnica exterior; el subdesarrollo opera sobre el país que lo sufre, en forma terrible sobre sus ciudadanos incapaces por sí solos — analfabetismo, indolencia, apatía, inmoralidad o simple carencia de conocimientos técnicos aprendidos en Instituciones de enseñanza adecuadas — de arbitrar medios para la mejor utilización de sus recursos. El país o la zona deprimida, pierde los mejores y más dotados de sus hombres a través de una fuerte emigración y de una notable mortalidad que acorta la esperanza de vida al nacer en más de la mitad con relación a un país industrializado.

La ayuda técnica en hombres, trascenderá también en la creación de institución y organismos de ayuda al ciudadano subdesarrollado, particularmente agricultor.

(5) En el n.º 339 de CRISTIANDAD, correspondiente al 1 y 15 de mayo de 1959, bajo la rúbrica de *El deber de solidaridad de las regiones industrializadas*, desarrollábamos el tema de las zonas subdesarrolladas y terminábamos diciendo “querriamos ver desterrada para siempre la soberbia egoísta de la España rica, de espaldas a la pobre”; la Encíclica con su autoridad superior, pone de actualidad cuanto entendíamos debía propugnarse para nuestras zonas retrasadas, hace tres años.

Cooperativas de crédito y de consumo, de préstamo de maquinaria agrícola, industriales y para la adquisición de materias primas o la eliminación de intermediarios, no suelen abundar en los países subdesarrollados y es preciso contar con una floración de organizaciones de esos tipos si el marasmo económico tiene que desaparecer.

Problema muy importante es la forma de ayudar en capital al país pobre, imposibilitado por sí mismo para ahorrar, pues su escasa renta es invertida totalmente en el consumo, aún insuficiente, y el excedente distraído en inversiones nula o escasamente rentables (gastos suntuarios, turismo, evasión al exterior...) (6) y (7).

Según datos estadísticos de las Naciones Unidas, se estima que los países subdesarrollados precisan, para acometer las medidas mínimas que han de posibilitarles a salir de su estado, una transferencia internacional de capital del orden de los tres mil millones de dólares al año (5). En la actualidad y como solamente se transfiere un total de 800 millones de dólares anuales desde los países industrializados a los subdesarrollados, el problema más urgente que se presenta a los hombres responsables es la determinación de las medidas que deberán adoptarse para colmar la diferencia de unos dos mil millones de dólares que no llegan a facilitarse a los países pobres.

J. M. MARTÍNEZ-MARÍ

(Continuará)

(6) MARRAMA ob. cit. pág. 132 nos dice por ejemplo que en Asia Meridional y Oriente Medio el 10 por 100 de la renta nacional queda improductiva al guardarse por los particulares como atesoramiento de oro; también el mismo autor nos descubre que en EE. UU. afluyeron durante el período 50-54 un promedio de 60 millones de dólares anuales como depósitos de fondos de países subdesarrollados. ¡Precisamente los préstamos a tales países por el Banco Mundial alcanzaron a 100 millones de dólares anuales!

(7) El ahorro neto en los países atrasados alcanza al 4-5 por 100 de la renta, en tanto que en los países desarrollados es del orden del 12-15 por 100.

TIBIDABO, TEMPLO EXPIATORIO

“Que este Templo Expiatorio se vea frecuentado constantemente. Subid, hijos de Barcelona, subid en espíritu de penitencia para reparar al Corazón deífico de tantas ofensas, de tantos agravios, de tantos pecados. La tarea es espiritual, y a los ojos del mundo, sobre todo del mundo perverso, despreciable; pero tened en cuenta que el valor de nuestras súplicas, el valor de nuestras expiaciones es el mejor oro y la mejor riqueza del mundo. ¿Qué importan las asambleas de los hombres; qué importa la riqueza de la tierra; qué importan los planes y proyectos de los que hoy juegan con la suerte de todo el mundo? Mientras no invoquen a Dios con humildad, mientras no reconozcan el reinado de Cristo sobre las almas, esperen días de gran conturbación. Quiera el Sacratísimo Corazón de Jesús que no lleguen esos días, al menos para este nuestro pueblo, que ofrece sus oraciones y sacrificios por la salvación del mundo.”

(Alocución del Dr. Modrego, Arzobispo de Barcelona. 3 de diciembre de 1950.)

LA ENCICLICA «MATER ET MAGISTRA» Y LA DECLARACION DE «PUNTA ESTE»

La Encíclica "Mater et Magistra" de su Santidad Juan XXIII formula los principios de moral internacional que han de regular las relaciones entre comunidades políticas en grado diverso del desarrollo económico. Cito las palabras de Su Santidad el Papa: "Sabemos que en determinadas áreas y en el ámbito de comunidades políticas en fase de desarrollo económico pueden presentarse y se presentan realmente graves problemas y dificultades, que se deben al hecho de una deficiente organización económico-social, que no ofrece por eso medios de vida proporcionados al índice de incremento demográfico; como también, al hecho de que la solidaridad entre los pueblos no actúa en grados suficientemente... La verdadera solución se halla solamente en el desarrollo económico y en el progreso social que respeten y promuevan los verdaderos valores humanos, individuales y sociales; es decir, desarrollo económico y progreso social, actuados en el ámbito moral, en conformidad con la dignidad del hombre y con el inmenso valor que es la vida de cada uno de los seres humanos; y actuados en una colaboración de escala mundial que permita y fomente una circulación ordenada y fecunda de útiles conocimientos, de capitales y de hombres".

La declaración de *Punta del Este*, suscrita por los representantes de todos los países iberoamericanos, con excepción de Cuba, representa un buen paso en el camino de esta colaboración internacional, un vasto esfuerzo para procurar un mejor nivel de vida a todos los pueblos del Continente. Parte del principio que los hombres trabajando en cooperación pueden satisfacer mejor el deseo de trabajo, hogar, tierra, salud y educación, y se propone hacerlo en forma que se garantice el verdadero progreso, es decir, el sistema que defienda la dignidad del individuo, en la que está fundada nuestra civilización.

Los objetivos asignados por la de-

claración de la "*Alianza para el progreso*" consisten (para un plazo de 10 años) en acelerar el desarrollo económico y social para producir un incremento sustancial y firme en el ingreso medio, tan rápidamente como sea posible; aminorar la distancia existente entre el nivel de vida de los países latino-americanos y el de aquellos que disfrutan los países industrializados; y llevar adelante programas de construcción de viviendas, tanto en la ciudad como en el campo, con objeto de proporcionar al pueblo americano hogares decentes.

Estos objetivos entrañan importantes reformas, unas agrarias de acuerdo con la ley y características de cada país, para incrementar la productividad reemplazando el latifundio y el minifundio por unidades eficientes de producción; establecer nuevas unidades en tierras hoy no cultivadas y poner a cada trabajador del campo en la oportunidad de ser propietario y de disponer de asistencia técnica y financiera. Al mismo tiempo, se habrá de desterrar el analfabetismo extendiendo los beneficios de la educación primaria a todos los jóvenes americanos, dando mayores facilidades para la educación superior y el adiestramiento. Deben eliminarse las condiciones de insalubridad, prevenirse las enfermedades y luchar contra las epidemias para fortalecer el potencial humano. Los Estados, por su parte habrán de reformar las leyes impositivas gravando más a quienes poseen más riqueza, castigando severamente la evasión de impuestos y redistribuyendo la renta nacional para beneficiar a quienes más lo necesitan mientras se promueve la inversión y reinversión de capital. Una política fiscal y monetaria adecuada prevendrá las inflaciones graves o las depresiones para proteger el poder adquisitivo de la mayoría, garantizando la mayor estabilidad posible de los precios y formando una base adecuada para el desarrollo económico. Simultáneamente, se debe estimular la activi-

dad privada para impulsar el desarrollo de los países latino-americanos hacia un nivel que les ayude a eliminar el desempleo y a ocupar el lugar que les corresponde entre las modernas e industrializadas naciones del mundo. Se requiere también encontrar una solución rápida y permanente al grave problema de las excesivas fluctuaciones de los precios de los productos básicos exportables de estos países de los que depende en gran parte su prosperidad, y por último, se debe acelerar la integración de todos ellos en unidades económicas más amplias para poder estimular así su desarrollo económico y social.

Los Estados Unidos han ofrecido cooperar con un mínimo de 20.000 millones de dólares en fondos públicos como ayuda externa en los próximos 10 años a partir del 13 de marzo de 1961. Los suministros norteamericanos hechos a cuenta de este fondo serán pagados a 50 años y a muy bajo interés o sin ningún interés. Los países latino-americanos dedicarán por su parte una porción de sus propios recursos al des- envolvimiento económico y social aquí previsto a la vez que se comprometen a realizar las reformas necesarias que aseguren el fruto de todas estas acciones. Numerosos expertos independientes y calificados actuarán como asesores de los países latino-americanos para ayudarlos en la formulación y examen de los planes nacionales de desarrollo.

Si recordamos ahora el éxito fulgurante conseguido en la Europa occidental por la ayuda del "Plan de Marsall", aplicada también sobre principios semejantes, hay motivos para esperar que con esta nueva forma de cooperación internacional los países latino-americanos van a entrar en una nueva fase donde a sus logros institucionales de orden legal, cultural y social, se añadirán resultados tangibles que aseguren un mejor nivel de vida para la presente y futuras generaciones del Hemisferio.

El punto de partida es un nivel explosivo

La trascendencia de este programa de la "Alianza para el progreso" acordado en Punta del Este por los países latino-americanos, puede estimarse con la simplísimas consideración de que en estos países se cuentan 70 millones de analfabetos cuya renta anual es de 12 dólares por persona (mientras que en los Estados Unidos es de 2.000 dólares y de 450, en Europa) y una vida media de 34 años frente a 65 en Norteamérica y 68 en los países del Mercado Común. Ateniéndonos ahora a un dato estrictamente económico, basta señalar que la producción de aquellas tierras no alcanza siquiera a la media mundial, por lo que no es de extrañar que el despotismo que se ha impuesto en Cuba amenaza a casi todos los países de la América del Sur, de América Central y del Caribe. En Bolivia las fuerzas de extrema derecha y de extremo izquierda mantienen un estado constante de crisis; en Venezuela, Chile y Uruguay y otros países, los gobiernos relativamente democráticos se sienten acosadas por todos lados y por doquiera comunistas nativos y extranjeros inflaman y canalizan en siniestras direcciones el descontento explosivo engendrado por la pobreza, el analfabetismo y la opresión.

La oportunidad del programa de Punta del Este radica en que no consiste sólo en la oferta de 20.000 millones de dólares para gastarse en alimentos y subsidios para escuelas y hospitales, sino en que ofrece préstamos a las propias empresas locales y prevé una modificación de los sistemas económicos importantes para corregir las causas de la gran miseria que aflige a un continente rebosante de riquezas potenciales. Se trata de un programa destinado a generar nuevos empleos en cantidad suficiente para elevar rápidamente el nivel de vida a alturas hasta hoy desconocidas. No es por tanto sólo capital. Los 200 millones de latino-americanos necesitan nuevas manufacturas y ayuda para sobreponerse a su paralizadora desunión económica. Hay quienes sostienen que América latina necesita una gran corriente de capital extranjero, la que permitió el desarrollo de los Estados Unidos cuando

eran todavía una joven nación. Hay que recordar, sin embargo, que aquel capital fértil que desarrolló a los Estados Unidos afluía a una joven federación de Estados que no sufrían los inconvenientes de barreras económicas interiores, sino que ofrecían mercados ampliamente abiertos y posibilidades de desarrollo que continuarían faltando en América latina de persistir su división en 20 grupos económicos distintos.

El enorme mercado potencial de los países comprometidos ahora en el acuerdo de Punta del Este comprende a unos 200 millones de habitantes que en año 2.000 sumarán 600 millones.

La jerarquía católica lo venía advirtiendo

Desde hace tiempo la jerarquía católica de los países de hispanoamérica venía advirtiendo la necesidad urgente de cambiar los programas económicos y sociales, alterando las estructuras establecidas que amenazan, no sólo la vida cristiana, sino el orden mismo de civilización cristiana con el riesgo de que si la empresa no la acometen los católicos se encargarán de llevarla a efecto los comunistas. La escuela, la prensa, la radio y las misiones mismas, han venido demostrando a millones de hispanoamericanos que hay otro mundo mejor que el suyo y menos injusto y que es preciso caminar hacia él. Este poderoso dinamismo de reivindicación social es el ingrediente común de la mayor parte de los movimientos subversivos que conmueven a Hispanoamérica. Y el fenómeno es explicable. Efectivamente el 60 por ciento de la población hispanoamericana vive en el campo y en pueblos de menos de 2.000 habitantes; el 53 por ciento de la fuerza trabajadora es de origen campesino. Sólo 80.000 personas son propietarias de 1.600.000 kilómetros cuadrados de tierras cultivables, o sea de la décima parte de todo el continente. Entre los 30 millones de agricultores activos de Hispanoamérica, 24 millones son proletarios, asalariados que con sus familias suman 90 millones. En el 40 Congreso Católico Internacional de Vida Rural celebrado en Méjico se estableció la siguiente conclusión: "La experiencia en varios países de Hispanoamérica en los que

se ha realizado una reforma de las estructuras agrarias en estos últimos 10 años, demuestra la necesidad perentoria de esta reforma. Se hace evidente si observamos las características del sentido, dolorosamente revolucionario que las ha acompañado en estos países, tan distante de la conveniente evolución" Para evitar esto es preciso despertar las conciencias y estudiar activamente las experiencias hechas para actuar con rapidez de la manera más apropiada". Esta apelación a la masa campesina tiene particular sentido recordando que en esta masa están las principales reservas antirrevolucionarias, a pesar de lo cual en Rusia y China la revolución comunista se ha llevado a cabo tomando como base precisamente a estas masas. Y en la Cuba de Fidel Castro, el proceso ha sido muy similar.

Otros datos expresivos de la situación son, el hecho de que la casa rural más extendida en Hispanoamérica sea una especie de cabaña con una sola habitación, tabique de tierra y techo de paja con hojas de palmera. Estos datos son del arquitecto Rolando Maturana en el Congreso de Vida Rural celebrado en Santiago de Chile. El presidente de Venezuela, Rómulo Betancourt, señaló por su parte hace cuatro años que la casa más extendida en el campo venezolano es todavía de un tipo de construcción apenas diferente de las casas de los indígenas que encontraron los españoles en el siglo XVI. Fuera ya de la vivienda, los 113 millones de hombres y niños de población rural que viven en un inmenso continente de 20 millones de kilómetros cuadrados, apenas tienen medios de comunicación utilizables fuera del avión para aquellos que pueden servirse de este medio de transporte. El analfabetismo afecta a 70 millones de hispanoamericanos; la productividad es bajísima, mientras que el régimen de latifundios hace que las riquezas agrícolas están muy desigualmente repartidas. En Chile, que se beneficia de unas condiciones mejores que en otros países de Hispanoamérica los ingresos agrícolas son de 123.000 millones de pesetas, de las cuales 70.400 millones — más de la mitad — va a parar a los grandes propietarios, mientras que los que trabajan la tierra ganan en una pro-

porción de 32 a 1, respecto de los propietarios y de sus familiares.

El contraste de esta situación trágica con el noble intento con que

ahora se pretende afrontar el problema, permite abrigar alguna esperanza. Por lo menos esta actuación política contrapone las medi-

das adecuadas al intento efectivo de subversión revolucionaria con que Moscú trata de llevar al mundo hacia la idea comunista.

Jesús SÁINZ MAZPULE

LA PERSECUCION RELIGIOSA EN CUBA

PARALELISMO DE DOS DOCUMENTOS

Con la subida al poder de Fidel Castro, el comunismo ha conseguido una baza largamente acariciada: introducir una cuña en el frente de su más poderoso enemigo. Pero, la implantación del régimen comunista en Cuba ha traído, además, el planteamiento de la guerra ideológica y con ello la persecución religiosa. Basta recordar cómo se han ido produciendo los hechos en Polonia, Hungría, Checoslovaquia, China, etc., para imaginar cual sea hoy la situación religiosa en la gran Antilla.

Esta acción comunista en el Caribe era un proyecto elaborado desde hace tiempo. Prueba de ello, el hecho de que en 1959, hace ya dos años, el partido comunista chino lanzase desde Pekín sus consignas para Iberoamérica mediante un opúsculo firmado por un tal Li Wei Han, titulado "La Iglesia Católica y Cuba, programa de acción". Este opúsculo fue publicado por las Ediciones de Lenguas Extranjeras, al servicio de la Sección Iberoamericana del Departamento de Coordinación del Partido. Entresacamos de él algunos párrafos, los más significativos, que demuestran hasta qué punto los actuales sucesos en Cuba responden a aquellas directrices:

"La Iglesia Católica, con su Sede en Roma, es una organización que representa una fuente continua de actividades contrarrevolucionarias dentro de las democracias populares. Para que las democracias populares puedan progresar en su camino hacia el socialismo y el comunismo es preciso terminar inmediatamente con la influencia de esta Iglesia Católica y con sus actividades. La Iglesia Católica ni es estéril ni impotente. Por el contrario, es preciso reconocer su fuerza y tomar las medidas necesarias para contrarrestarla.

Cuando la lucha política y las fuerzas de producción hayan alcanzado un alto nivel de productividad, habrá llegado el momento de destruir a esta Iglesia. Atacarla de frente mientras no estemos equipados y no hayamos educado suficientemente las masas, sería facilitar a la Iglesia una mayor influencia sobre éstas, ya que se sentirían de su parte y sostendrían clandestinamente las actividades contrarrevolucionarias que ella fomenta. Es preciso también evitar que los dirigentes de las actividades antirrevolucionarias de la Iglesia se conviertan en mártires...

Seguidamente presentamos un programa de las tácticas que se han empleado con gran éxito en la República Popular China para liberar al pueblo de la influencia de la Iglesia Católica imperialista de Roma:

Debe someterse a la Iglesia y a sus fieles al gobierno popular, al objeto de que las masas puedan influir sobre

ellos. No puede permitirse, bajo ningún concepto, que la Iglesia conserve su carácter supranacional que la coloca por encima de la voluntad de las masas. Debe, por tanto, instaurarse un departamento del gobierno popular encargado de los asuntos y organizaciones religiosas. Someter a la Iglesia al proceso del centralismo democrático permite tomar, utilizando las masas, medidas patrióticas que debiliten la Iglesia y degraden su imagen. Este departamento organizará asociaciones nacionales, regionales y locales que encuadrarán a los católicos dentro de los organismos patrióticos, una vez ello, será preciso que cada asociación jure fidelidad y observancia a las leyes de la nación.

Establecidas las asociaciones patrióticas y hecha por los católicos la declaración de fidelidad a las leyes, surgirán los reaccionarios y los contrarrevolucionarios. Estos contrarrevolucionarios, salidos de las filas de la Iglesia católica, son los primeros a los que será necesario extirpar con firmeza, mas sin emplear la violencia. Las medidas que en cada caso se tomen, deberán ser conformes a la Ley; pero como quiera que, por su naturaleza, las aspiraciones contrarrevolucionarias entrañan actos contra el gobierno, la recta aplicación de este principio nos indicará qué leyes será preciso dictar contra los que protesten; leyes que les coloquen dentro la categoría de los criminales antipatrióticos que obedecen las consignas imperialistas que les son ordenadas desde la Sede de la Iglesia en la Ciudad del Vaticano.

Ello nos llevará al siguiente punto de ataque: la obediencia de la Iglesia a la Ciudad del Vaticano. Es de prever que, durante este ataque, el clero reaccionará violentamente, ya que este es su punto de apoyo y la razón de su fuerza. Será preciso entonces recordar que sus protestas ante el ataque que se hará contra su fidelidad al Vaticano son antipatrióticas y en franca oposición a las leyes del Gobierno y, así, todo lo que el clero representa será antipatriótico. Los activistas deberán convenir a las masas de que el individuo puede tener su religión sin necesidad de que la Ciudad del Vaticano dirija los asuntos de las Iglesias del mundo entero, así como explicarles el principio de la coexistencia del patriotismo y la Religión, para de este modo llegar a la instauración de una Iglesia independiente. Una vez conseguido, llegaremos a la última etapa y, separada la Iglesia del Vaticano, podremos consagrar nuestros propios dirigentes de la Iglesia.

Llegado el momento en que los puestos de responsabilidad entre el clero serán ocupados por nuestras gentes

y sometidos al gobierno popular, se procederá a la supresión progresiva de los elementos de la liturgia que son incompatibles con la democracia popular. Los primeros cambios se efectuarán en los Sacramentos y en las oraciones. Después se protegerá a las masas contra la presión que se ejerce sobre ellas para que asistan a la Iglesia, para que practiquen la religión o se organicen en grupos colectivos representantes de cualquier secta religiosa. Cuando la práctica de la religión se convierte en responsabilidad individual, sabido es que se va olvidando. Las nuevas generaciones reemplazarán a las actuales y la religión será un episodio del pasado digno de ser tratado en las historias que se escriban sobre el movimiento comunista mundial."

Estas eran las consignas, los resultados no se han hecho esperar; cualquier lector de la prensa diaria habrá podido comprobarlo.

No obstante, y por el valor documental que entraña, es interesante dar a conocer la circular que, en 11 de agosto de 1960 — hace, pues, un año aproximadamente —, el Jefe del Departamento Técnico de Investigaciones de la Policía Nacional Revolucionaria dirigió al Jefe del Servicio de Vigilancia del Puerto de La Habana, y que se refiere explícitamente a instrucciones recibidas de Raúl Castro, Jefe de las Fuerzas Armadas del Gobierno.

Tal circular, cuya fotocopia apareció en el diario católico de Bogotá, "El Campesino", y, posteriormente, en la revista francesa "Informations Catholiques Internationales", es un calco perfecto del plan trazado en Pekín y dice así:

República de Cuba
Ministerio de las Fuerzas Armadas
revolucionarias
Policía Nacional Revolucionaria
Secretaría
"Año de la Reforma Agraria"
D.T. Inv. de la P.N.R.
La Habana 11 agosto 1960

Del: Jefe del Departamento Técnico de Investigaciones de la P.N.R.

al: Jefe del Serv. Vgcia. del Puerto de La Habana.

Ast.: Medidas a tomarse contra la Iglesia Católica.

1. Cumpliendo instrucciones recibidas del Comandante Raúl Castro Ruz, interés de Vd. se sirva circular por esa Delegación el siguiente programa:

- A. Revelar por medio de la propaganda y otras medidas legales que imperialistas extranjeros controlan la Iglesia Católica y que ésta se dedica a actividades contrarrevolucionarias. Hostigar a los voceros del Vaticano. Purgar las doctrinas reaccionarias de las escuelas de la Iglesia. Establecer un Buró para administración de asuntos de la Iglesia.
- B. Expulsar a todo elemento del clero que se oponga en cualquier forma a la reforma de la iglesia por el Gobierno revolucionario; aislar a los contrarrevolucionarios del pueblo. Revelar el empleo que el Vaticano hace de la religión para cubrir su conspiración contrarrevolucionaria.
- C. Reemplazar la iglesia controlada por el Vaticano por

una iglesia que apoye a la Revolución. Juzgar a todo traidor que se oponga a esta iglesia patriótica.

- D. Consagrar al clero patriótico elegido por el pueblo a fin de que ocupe la cabecera de la iglesia cubana.
- E. Abolir la liturgia decadente, que crea sentimientos contrarrevolucionarios y que facilita la dominación del pueblo por la iglesia. Reemplazar la liturgia decadente por deberes patrióticos.
- F. Reducir la subvención financiera del Estado. Prohibir la acción colectiva de los católicos en todo aquello que el Gobierno no haya autorizado para la iglesia patriótica.

2. Hacer circular por esa Delegación la lista de las personas siguientes:

R. P. Salvador Cistierna (Capuchino, cura de la Iglesia de Jesús, de Miramar);

R. P. Alberto Medina (Agustino, Profesor de la Universidad Católica);

R. P. Eutimio Alonso (Agustino y también profesor de la Universidad Católica);

R. P. Cipriano Camero (Jesuita, que fue limosnero de Fidel Castro en Sierra Maestra);

R. P. Lorenzo Spiralli (Agustino, de origen italiano, fundador de la Universidad Católica, Director del Dispensario de San Lorenzo);

R. P. Germán Lence González (Ex cura de Holguín, actualmente y después del verano de 1960 el eclesiástico más conocido de la asociación pro castrista "Con la Cruz y Con la Patria");

R. P. Jorge Bez Chabebe (Asistente Nacional de la Acción Católica, que tomó gran parte en la resistencia cívica contra Batista);

R. P. Fernando Arango (Asistente nacional de la J.O.C. cubana);

R. P. Antonio Carminas (Franciscano, administrador de la revista católica "La Quincena", publicada en La Habana);

R. P. Marcial Bedolla (Jesuita, Director de la Casa de Obras Sociales de los Jesuitas en Cuba);

R. P. Manuel Suárez Carreño (En realidad un laico, ingeniero, casado con doña Edita Gastón, padre de diez niños, Profesor en la Universidad Católica);

R. P. Angel Arrechea (Limosnero del Cementerio Colón de La Habana, significado en el movimiento pro castrista "Con la Cruz y con la Patria");

R. P. Angel Gaztelu (Conocido poeta, cura de la Iglesia del Espíritu Santo de La Habana);

Luis Boza Domínguez (Estudiante, miembro de la Asociación Católica Universitaria);

Dr. Marino Pérez Durán (Abogado, Secretario de la Confederación de los Colegios católicos cubanos, primo del Ministro de Asuntos Exteriores Raúl Roa).

Jorge E. Echarte (Arquitecto, Presidente de la Asociación Católica Universitaria);

Marta Díaz (Presidente Nacional de la Juventud Femenina de Acción Católica);

Gilberto García Valencia (Presidente Nacional de la J.O.C. cubana);

Norma Martínez (Secretaria Nacional de la Juventud Femenina de Acción Católica);

Dr. José Ignacio Lasaga (Médico psiquiatra, pro-

fesor de la Universidad Católica. Presidente internacional de las Asociaciones marianas. Director del programa "La Hora Católica" en la TV cubana, actualmente suprimido);

Dra. Nieves P. de Santodomingo (Presidenta nacional de las Mujeres de Acción Católica de Cuba);

Dr. Armando Ruiz Leiro (Médico, profesor de la Universidad, conocido miembro de la Acción Católica cubana);

Dr. Valentín Arenas (Abogado y banquero, fundador de la rama de Hombres de la Acción Católica cubana);

Dr. Ramón Casas (Médico, actual Presidente de los Hombres de Acción Católica de Cuba).

3. *Significar a dichas personas, después de descubrir su paradero, que deben de rellenar minuciosamente una ficha registro y conducir las luego, bajo custodia, a este Departamento. Dar traslado de todo ello al Jefe del Negociado de Investigaciones Especiales de este D.T.I.*

"La libertad económica o la muerte"

R. Díaz Argüelles

Comandante C. G.

Las referencias dadas entre paréntesis después de cada uno de los nombres relacionados en la circular transcrita, no figuran en ella, sino que han sido facilitadas por el diario "El Campesino", de Bogotá, y por la revista "Informations Catholiques Internationales".

No es, pues, de extrañar que el propio Fidel Castro, en una recepción dada en honor de unos delegados extranjeros, llegados a Cuba en ocasión de la fiesta del 1.º de Mayo, osara decir "el solo nombre de sacerdote es intolerable para el pueblo cubano".

Creemos oportuno, en vista de todo ello, traer a colación unas palabras que el periodista Juan Manuel Trado escribió para la revista católica argentina "Criterio", a propósito de Cuba:

"Toda reforma social es una reforma del pensamiento del hombre. Ni el dinero, ni el progreso material, ni la industrialización tienen tanto poder como las ideas. El problema de Cuba, como el del mundo entero, es un problema de ideas. El trabajo de la Iglesia, pues, como el de toda la civilización cristiana es el de hacer valer sus ideas como hechos concretos. No basta con enseñar su teoría, es preciso vivir este lazo espiritual de Cristo con su Iglesia si se quiere salvar la civilización cristiana."

A. T. C.

TRIPLE AMOR DE JESUCRISTO

(Glosa a la HAURIETIS AQUAS)

Con exacta y hermosa expresión sintética se ha dicho que las grandes enseñanzas del Papa Pío XII en su Encíclica "Haurietis aquas" se pueden resumir y concretar en estas palabras: "El Culto al Corazón de Jesús es un Culto sólidamente cimentado en la Sagrada Escritura, en la Tradición y en la Liturgia; y constituye la profesión más completa de la Religión Cristiana. Por eso debería ser sinceramente practicado por todos los hijos fieles de la Iglesia" (1).

Y, en verdad, el gran mérito, la práctica utilidad y la decisiva trascendencia de este importantísimo Documento Pontificio, de tan viva actualidad, es habernos enseñado en él Su Santidad Pío XII los fundamentos teológicos en que se cimenta solidísimamente el Culto al Sagrado Corazón de Jesucristo. Por eso, después de la majestuosa Introducción, en que se sale al paso a los prejuicios y se refutan las objeciones surgidas contra este Culto, y se propone con celeste claridad el objeto de la Encíclica; y antes de la encendida y densa Exhortación final, con que se cierra el Documento; todo el cuerpo doctrinal de la Encíclica se dedica a mostrarnos con luminosa diafanidad y con amplia exposición cuáles son dichos fundamentos teológicos; los cuales son propiamente tres, reducidos a uno solo: la Revelación divina: a) la que se contiene en el Antiguo Testamento; b) la que se contiene en el Nuevo Testamento; y c) la que se contiene en

la Tradición Apostólica, enseñada por el Magisterio doctrinal de la Iglesia y por su Magisterio práctico en la Sagrada Liturgia. De aquí las tres partes doctrinales de la Encíclica. De ellas hemos glosado modestamente la primera: la Revelación divina del Antiguo Testamento, en la cual comienza Dios Nuestro Señor y Padre a descubrirnos sus secretos, y por encima de todos ellos, el soberano secreto del inmenso amor con que nos ama a los hombres, creados por Él, y hechos a su imagen por la vida natural, humana, que nos dio, y a su semejanza por la vida sobrenatural de la gracia y filiación divina a que nos sublimó.

A continuación entramos en la segunda parte, o sea en los fundamentos teológicos del Culto al Sagrado Corazón por la Revelación divina en el Nuevo Testamento; y después de detenernos conmovidos y extasiados ante lo que pudimos llamar "El Pórtico de la Revelación divina en el Nuevo Testamento"; y tras esto, emprendimos el reposado comentario de los dos Puntos principales de esta segunda Parte de la Encíclica: el primero fue la consideración de que los dos grandes Misterios, el de la Encarnación y el de la Redención, son dos soberanos misterios de amor; el segundo Punto será la consideración de las maravillosas manifestaciones del amor de Cristo al Padre Celestial y a todos nosotros, sus hermanos, en su vida terrestre y en su vida gloriosa.

Mas entre uno y otro Punto, como final del primero, y como preparación necesaria para el segundo, nos hace detener la marcha el mismo Papa, y nos convida a que entendamos y penetremos el triple amor de Cristo.

(1) F. ALBARRACÍN, S. I.: "Haurietis aquas comentada"; 2.ª edición, págs. 25 y 60.

Así quedará esmeradamente preparada la atenta y provechosa consideración de las espléndidas y múltiples manifestaciones o revelaciones que Cristo nos dio en su vida de peregrinación por la tierra, y nos da ahora en su vida de gloria en el cielo. Y esto es lo que ahora vamos a exponer en este artículo y en el siguiente, procediendo con el mismo luminoso orden del Papa, con cuyas enseñanzas veremos estas tres cosas: a) la realidad admirable del triple amor de Cristo; b) la perfecta armonía, sin la más

mínima discrepancia, entre estos tres amores de Nuestro Divino Redentor, y c) cómo ese triple amor, tan perfectamente ordenado y armonizado, tiene su expresión conatural y significativa, aún ante nuestros mismos ojos, y más a los ojos de nuestra fe, en su Sagrado Corazón. Y todo ello, por la acertada y tan útil comparación de nuestros amores y los amores de Cristo, pues así, de lo más conocido y aún experimentado por nosotros, nos elevamos a lo menos conocido y más excelso en Cristo.

Nuestros amores y los amores de Cristo

1.º En nosotros, por la naturaleza humana, que Dios nos ha dado, tomando a nuestros padres como instrumentos de su Sabiduría, de su Omnipotencia y de su Bondad, hay dos amores: uno sensible; y otro, espiritual. El amor sensible, llamado así porque lo experimentamos sensiblemente, es el que solemos decir amor de nuestro corazón; y por él apetecemos y buscamos los bienes sensibles, los que nos presenta de un modo directo la imaginación por la vía de nuestros cinco sentidos corporales. Nuestro amor espiritual es el de nuestra voluntad; y por él apetecemos y buscamos los bienes espirituales, con la luz de la recta razón, pues el objeto de la voluntad es el bien conocido.

Este doble amor humano, en los que tenemos la inefable dicha de ser cristianos, ha sido elevado y sobrenaturalizado por la vida de la Gracia divina, que Cristo por su Iglesia nos dio en el santo Bautismo. Con la gracia habitual, o justificante, o santificante, que es una misma divina realidad en nosotros, y que es el alma o principio vital de toda nuestra vida sobrenatural, nos infundió el Espíritu Santo, aplicándonos los merecimientos de Cristo, la virtud de la caridad, o amor de caridad, la cual eleva nuestros dos amores humanos, el sensible y el espiritual, a amores divinos. Por ella puede obrar la fe, sostenida por la esperanza, obras de merecimiento de vida eterna; y por ella iniciamos santamente en la tierra lo que plena y dichosísimamente perfeccionaremos en el cielo: nuestra unión con Dios, en cuanto es Sumo Bien, con la plenitud de todos los bienes, que encierra en Sí mismo, y de los cuales nos quiere hacer partícipes en la herencia de los hijos, la gloria celeste. Las llamadas gracias actuales, que son luces con las que el Espíritu Santo ilumina nuestro entendimiento, y fuerzas con las que el mismo Espíritu Divino fortalece y mueve nuestra voluntad, nos auxilian para que nuestros actos de entender y de querer, y, en definitiva, nuestros amores sean también actos sobrenaturales, y con ellos ejercitemos las virtudes sobrenaturales y los Dones del Espíritu Santo; lo primero cuando nosotros, así divinizados, nos movemos hacia Dios para unirnos con Él; y lo segundo para que dócilmente nos dejemos mover hacia Dios y a la unión con Él, cuando el Espíritu Santo nos invita y nos mueve. Tal es el admirable conjunto de nuestros amores, humanos y cristianos.

2.º Incomparablemente más admirable, y para nosotros motivo dulcísimo de consuelo y de esperanza, es el conjunto de los amores de Cristo, los cuales no fueron dos tan sólo, como en nosotros, sino tres y perfectísimos.

Comenzando de lo inferior a lo superior, Jesucristo,

Hijo Unigénito de Dios Padre, hecho Hombre por nosotros, por nuestro amor, para nuestra salvación, tuvo, como verdadero Hombre, un amor sensible, como lo tenemos nosotros, si bien maravillosamente más delicado, vivísimo, encendido en ardientes llamas; y tuvo, además, un amor espiritual humano, amor de la voluntad, amor excelso sobre toda ponderación. Y estos dos amores humanos estaban en Cristo enaltecidos y sublimados maravillosamente, en su plenísima vida sobrenatural de toda Gracia y santidad, por la virtud de la caridad en indecible grandeza. Su amor sensible y su amor espiritual, sobrenaturalizados de la manera más perfecta, eran como dos llamas humanas fundidas en una superior llama de amor divino por la Consumada Caridad que el Espíritu Santo, muchísimo más que en nadie, y sin medida, había derramado en el alma santísima de Jesús.

Pero Cristo tenía otro tercer amor, el amor del Verbo, amor de Dios, amor identificado en un solo soberano amor con el del Padre y el del Espíritu Santo.

Y como la realidad de estos tres amores en Cristo es de capital importancia para toda nuestra fe, y singularmente para lo que pretende el Papa en esta Encíclica acerca del Culto al Sagrado Corazón de Jesús, tiene sumo cuidado en asentar y probar esta realidad del triple amor de Cristo, y en distinguir cuidadosamente cada uno de ellos, para que mejor resplandezca su maravilloso conjunto de amor. Y esto lo hace Pío XII, son sus palabras, "para que en verdad podamos, cuanto es dado a los hombres mortales, «comprender con todos los santos la anchura y la longura, la alteza y la profundidad» (2) de la arcana caridad o amor enteramente inefable del Verbo Encarnado a su Padre celestial y a los hombres, aún manchados con tantas culpas; a cuyo fin es convenientísimo advertir y tener muy presente que su amor no fue únicamente espiritual con espiritualidad divina, como corresponde a Dios, ya que Dios es espíritu" (3). Y por eso continúa el Papa: "Indudablemente, de índole puramente espiritual y divina fue el amor con que amó Dios a nuestros primeros padres y al pueblo hebreo; y consiguientemente las expresiones de amor humano, sea conyugal, sea paterno, que se leen en los Salmos, en los escritos de los Profetas y en el Cantar de los Cantares, son tan sólo indicios y símbolos del amor verdaderísimo, pero divinamente espiritual, con que Dios amaba al género humano. Mas, por el contrario, el amor que brota el Evangelio y respiran todas sus páginas, lo mismo que

(2) *Eph.*, 3, 18.

(3) *Io.*, 4, 24.

en las Cartas de los Apóstoles y en el Apocalipsis, en que se nos describe el amor del Corazón de Jesucristo, no comprende solamente la caridad divina, o amor de caridad de Dios en cuanto Dios, sino también se extiende a los afectos y sentimientos del amor humano”.

¡Qué hermosa y esmeradamente distingue aquí el Papa las dos maneras de amar en Cristo! La una es de Cristo en cuanto Dios; la otra es de Cristo en cuanto hombre; y esta segunda, como en nosotros, doble: sensible, del corazón; y espiritual, de la voluntad, ambas enaltecidas por la virtud de la caridad. Es decir: el amor de Dios, y por lo mismo el de Cristo en cuanto Dios, es única y exclusivamente espiritual, y con espiritualidad divina; pero el amor de Cristo, Dios sí verdadero, pero también verdadero Hombre, es también humano: amor espiritual con espiritualidad humana y amor sensible con sensibilidad humana.

El conocimiento penetrativo de este triple amor de Cristo, y por eso lo explica aquí tan de propósito el Papa, así como es de todo punto necesario para que entendamos lo que ya ha tratado sobre los Misterios de la Encarnación y de la Redención, Misterios de inefable amor, así nos ha de servir de luz inextinguible para lo que después nos expondrá; a saber, las magníficas manifestaciones del amor de Cristo en su vida terrena y gloriosa.

Ni se contenta el Papa con afirmar la gran realidad de este triple amor de Cristo, sino que la fundamenta en el dogma de que el Verbo de Dios asumió una naturaleza humana perfecta; y así prosigue:

“Para todo el que hace profesión de fe católica, esta verdad es indiscutible. En efecto, el Verbo de Dios no ha tomado un cuerpo ficticio, tan sólo aparente, como ya en el primer siglo de la era cristiana osaron afirmar algunos herejes, que se atrajeron la severa condenación del Apóstol San Juan: «Puesto que se han descubierto en el mundo muchos impostores, que no confiesan que Jesucristo haya venido en carne, negar esto es ser un impostor y un anticristo» (4). Unió Él realmente a su Persona Divina una naturaleza humana, individua, íntegra y perfecta, concebida en el seno purísimo de María Virgen, por virtud del Espíritu Santo. Nada, pues, faltó a la naturaleza humana asumida por el Verbo de Dios. En verdad, Él la asumió y la posee sin ninguna disminución, sin ninguna alteración, tanto en los constitutivos espirituales como en los corporales; es decir: dotada de inteligencia y de voluntad y demás facultades cognoscitivas internas y externas; dotada igualmente de las potencias afectivas sensitivas y de sus correspondientes pasiones e inclinaciones naturales.”

“Esto es lo que enseña la Iglesia Católica, que lo ha sancionado y solemnemente confirmado por los Romanos Pontífices y los Concilios Ecuménicos: «Enteramente en sus propiedades, entero en las nuestras» (5); «perfecto en la

Divinidad, y Él mismo perfecto en la humanidad» (6); «todo Dios (hecho) Hombre, y todo el Hombre (subsistente en) Dios» (7).”

“No habiendo, pues, duda alguna de que Jesucristo poseía un verdadero cuerpo humano, dotado de todos los sentimientos que le son propios, entre los que campea el amor, es de la misma manera, certísima verdad que Él poseyó un corazón físico, en todo semejante al nuestro; ya que sin este excelentísimo miembro es imposible que la vida humana tenga su natural actividad afectiva.”

Si analizamos estas aseveraciones de Pío XII, tan nitidamente claras como firmemente sólidas, podemos reducir sus enseñanzas a estos breves apartados o conclusiones: a) El Verbo Divino asumió una naturaleza humana verdadera, real; no un cuerpo ficticio, aparente; b) y, además, perfecta, completa, sin que le faltase nada, ni tuviese nada diverso de lo que tenemos nosotros por nuestra naturaleza humana; c) y esto es de fe; d) y, por lo mismo, no se puede dudar de que tuvo Cristo un Corazón físico, como lo tenemos nosotros y con sus naturales propiedades.

Y al llegar aquí, se llena el alma de seguridad y de gozo al ver que las enseñanzas que con el Papa hemos recordado sobre el triple amor de Cristo, y que es de suma importancia para el Culto al Sagrado Corazón de Jesús, pues dicho triple amor es el objeto propio de este gran Culto, se fundan firmísimamente en los dogmas de nuestra fe, los cuales iluminan las páginas del Nuevo Testamento con celeste claridad. Sí, el amor divino y el doble amor humano de Cristo da por completo su índole característica a la Economía de la Nueva Alianza, pues en ella vemos que la Segunda Persona de la Augustísima Trinidad, al haber asumido perfectamente nuestra humana naturaleza, nos ama a los hombres no sólo con amor divino, sino también con amor humano espiritual, y con amor humano sensible. Y así la esmerada distinción que nos ha hecho el Papa al presentarnos el triple amor de Cristo, no sólo tiene importancia al ser una consecuencia necesaria de la Unión Hipostática, y es exigido por ella, pues siendo Cristo verdadero Dios y verdadero Hombre, necesariamente debe tener todas aquellas cosas que pertenecen a la naturaleza humana, y por ende el amor humano, tanto el espiritual como el sensible; sino que también tiene importancia decisiva para que entendamos el modo con que Cristo realizó nuestra Redención, pues la principalísima causa por la que Cristo asumió una naturaleza pasible y mortal. fue porque quiso redimirnos por su cruento sacrificio en la Cruz. Quiso Cristo hacerse uno de nosotros, para que fuésemos hechos partícipes de su naturaleza divina.

Para no rebasar los límites de un artículo, habremos de dedicar el siguiente a lo que habíamos propuesto como 2.º Punto de éste de ahora: “Perfecta armonía en el triple amor de Cristo”.

ROBERTO CAYUELA, S. J.

(4) 2 Io., 7.

(5) S. Leo M., *Epist. Dogm.*

(6) *Conc. Chalc.*, a. 451.

(7) S. Gelasius Papa, *Tract. II.*

EL UNIVERSAL PROBLEMA TEOLÓGICO

Si todo en los seres contingentes se fundamenta en el ser necesario, todos los problemas humanos son problemas teológicos. En esta aserción no hago más que centralizar y dar un sentido genético a todo el mundo metafísico sobre el que gravitan la cultura y la historia. En el fondo íntimo de todas las cosas y valores está Dios. Romper las amarras con la divinidad sería tanto como proclamar el absurdo.

La maravillosa sintonización de la materia y del espíritu, de las leyes que rigen el ser y el conocer, es decir, la armonía que reina en todo, apunta a un fondo trascendente que conjuga en su plenitud la marcha de las cosas y las reglas del pensamiento. La verdad lógica, que es una de las más altas capacidades que tiene el hombre rima con la verdad ontológica la cual no sería nada sin Dios. Aún no nos hemos detenido, con gesto de pasmo, en el hecho sencillo y tremendo de encerrar un movimiento de electrones o de galaxias en una serie de ecuaciones. Quien no crea en Dios, no dará —por supuesto— con la génesis del universo, pero tampoco con la solución del enigma de cómo una lucecilla mental que brilla en el mundo de lo humano puede iluminar, captar y reducir a cifra las palpitaciones de todos los mundos.

Se ha dicho por un premio Nobel de Física que la materia solo tiene su razón de existir en ser conocida por la mente. Añadamos que todas las cosas están hechas para el hombre, es decir, para ser conocidas y usadas por él y que la mente tiene capacidad para captar lo divino y lo humano. Lo cierto es que marchar al unísono esos dos mundos, que es demasiada casualidad que así suceda, que hay que acudir a una casualidad anterior al tiempo, al espacio para dar razón de esa armonía. Los mundos que faltan por descubrir en lo sideral seguirán las leyes de Newton y las mentes de los que nos sucedan matematizarán fácilmente sobre masas, distancias y velocidades. Si no es posible la soldadura entre el aire y el hierro —que, al fin, son cuerpos— ¿cómo lo es la misteriosa soldadura entre la mente y la materia, entre el alma y el cuerpo? Calcúlese la catástrofe que supondría una desviación infinitesimal entre las leyes del ser y del conocer, entre la lógica y la física, entre las relaciones psicósomáticas.

Este ensamblamiento o maridaje apunta al Ser que, al crear todas las cosas, ha puesto en ellas convivencia y amistad. En el punto tangencial de la ciencia y de la materia está Dios, como lo está en la culminación del sentido ascensional de las causas. Estoy tocando, por vía de ejemplo, una faceta de la belleza y finalidad de las cosas que obligan a establecer una tesis teológica.

Pero mi pensamiento va por otros derroteros más empíricos. En el quehacer diario podrán los hombres distraerse por rutas y motivos que a ellos les parecerán puramente humanos, pero la verdad es que transcriben en un plano existencial lo que la ciencia de Dios decretó en la eternidad. Basta dejar pasar un poco de tiempo —el suficiente para trazar perspectivas— para que se entienda que tales actos eran parte de unas coordinadas providencialistas en las que Dios marca los rumbos de la historia. Hay que admitir la providencia divina, es de-

cir, hay que hacer de todas las cosas un problema teológico, en aras de su soberana causalidad eficiente y final. Hurtar a esa providencia un parpadeo de luz estelar, un tropismo de una flor o un pensamiento de la mente es querer limitar una ciencia y un amor que son infinitos.

Aunque no nos quepa en la imaginación la inmensidad de Dios en esencia, presencia y potencia, es a la mente a la que cabe el deber de admitirla para dar razón del ser y de la vida. Peligrosa es la supresión cartesiana de las causas segundas, pero más lo es la de la causa primera en la marcha del mundo. Decir que Dios reina pero no gobierna es hacer una pirueta verbal poco afortunada y en plena contradicción con la verdad de que quien es capaz de crear tiene, por exigencia lógica, que conservar, ordenar y regir lo creado. La providencia es un corolario de la creación.

La problemática del hombre y de la historia no residirá sino sólo en pequeña parte, en esas cosas que se llaman amor, arte, pasión o dinero. Esas cosas y otras muchas que han podido pasar como palancas que mueven el mundo tienen sólo un sentido circunstancial y de primer plano, pero carecen de la eficiencia universal que sólo radica en el Ser cuyo conocimiento y poder infinitos marcan el rumbo de los astros de las vidas y de la historia. Las hecatombes, las guerras, la sucesión de los imperios no pueden escapar a esa altísima providencia cuya ignorancia de motivos en el hombre puede ser causa de que se niegue su realidad. Será bueno pensar que no estamos en un mundo que es morada definitiva o patria final, sino ruta que deben andar, entre ansias insatisfechas, los romeros que caminan hacia la patria.

Recuerdo que Mac Arthur, el general norteamericano, decía interpretando las terribles avatares de la última guerra: "Todo es un problema teológico". El testimonio no es el de un Santo Padre, sino el de un hombre que ha sabido calar, con espíritu metafísico, en los acontecimientos. El tapiz de la historia no está hecho sólo con hilos blancos sino con hilos que tienen toda clase de colores hasta llegar al negro.

Andar jugando a guñoles, es decir a medias verdades que aceptamos por el hecho de estar próximas y tangenciales a nuestra sensibilidad, no le suele placer al entendimiento que quiere escudriñar el porqué de todas las cosas. No se trata sino de subir más en la escala de causas que propone la ciencia cuando, por ejemplo, quiere explicar el origen de la lluvia o del viento. Lo científico desemboca en lo filosófico y esto en lo teológico. Siempre leo con emoción el discurso sobre "el infinito" que pronunció Pasteur como consecuencia de sus experiencias con el microscopio, en la asamblea de los inmortales de París.

De esta universalidad de eficiencia divina no será posible excluir ni los acontecimientos más pequeños, ni el mal. Claro está que no hablo del mal moral cuya responsabilidad radica sólo en el hombre. Ni la caída de una hoja, ni el movimiento físico de una mano criminal podrán escapar a esa dependencia. Aún me atrevería a decir que la actuación del mal en el escenario del mundo es una terrible prueba de lo que vengo diciendo. Hasta

la existencia del demonio, como suprema potenciación del mal, es una cuestión teológica.

Lo curioso es que esta providencia se conjuga con un profundo respeto a la libertad humana. Las voluntades hacen lo que quieren pero de todo lo que hagan, visto de muy alto y de muy lejos, resulta una armónica urdimbre de historia, supervisada y resuelta por Dios. Ello me recuerda la arritmia de los "quanta" en los electrones que se resuelve en la armonía de la materia. Cuando Augusto — por ejemplo — ordena el empadronamiento de los súbditos del imperio, se puede pensar en un acto político o administrativo, pero late en tal ordenamiento un sentido teológico o providencialista que dispone la unificación del mundo en vísperas del nacimiento de Cristo.

El azar o la casualidad son palabras sin sentido. Las plumas positivistas han podido escribir que las cosas son fruto de la marcha ciega de los acontecimientos. Cualquier hombre de ciencia se escandalizaría de ello, por un elemental sentido de la causalidad. Mi mano es causa de estas líneas que estoy escribiendo. Pero más allá de mis manos está mi mente y más allá mi alma y más allá... y como este "más allá" no puede terminar en unos puntos suspensivos, por fuerza debo subir a un Principio incansado, personal y superior a un mundo que tiene el signo de la caducidad.

Sin que se dieran cuenta los bárbaros que en el siglo quinto bajaban sobre Roma, los cascos de sus caballos marcaban el ritmo de una intervención divina. Cuando regresaban al norte cargados con sus tesoros y dejando

sin pulso al Imperio, San Agustín comenzó a escribir la "Ciudad de Dios" que es un tratado de teología de la historia. Unas veces descansarán los pueblos bajo la paz bíblica de la parra y de la higuera, y otras veces sufrirán los zarpazos de la destrucción. Son distintas horas de una misma justicia divina que castiga el mal y premia el bien, que nos enseña que esta tierra es sólo camino para la patria definitiva.

Lo menos que se puede pedir al hombre como criatura racional es que, ni por prejuicios positivistas o por ansias de remover obstáculos que se oponen al abuso de su libertad, trunque la pirámide en cuya base están todas las cosas y en cuyo vértice está Dios. El tener los ojos enfermos o ciegos no es razón para negar la existencia del sol que está ahí alegrando y fecundando con su luz la tierra. La verdad es que, quien pasa por el mundo viendo en él una tesis teológica, tiene mucho de poeta y de filósofo. Me dan pena los que se conforman con comer el pan del destierro sin ver y bendecir la mano que transforma el grano de trigo en espiga. Si habláramos más del problema teológico y menos de los secundarios que forman el tema de preocupaciones y disputas no tendríamos que lamentar los fracasos que siempre siguen al planteamiento de premisas puramente humanas. La negación del principio de causalidad y la pretendida supresión de trabas morales han tenido gran culpa de la ceguera de los que no quieren ver el doble mundo de lo orgánico y de lo inorgánico, un profundo y definitivo problema teológico.

ENRIQUE DE CABO

(Santander, agosto 1961.)

LITERATURA DE LA EPOCA ROMANICA

I. Los poetas de los monasterios y las catedrales

No pretendo abarcar bajo este título todo el ámbito físico de coincidencias — cronología, sincronismo — entre el arte románico y el mundo de la literatura. En el siglo XI nacen los cantares heroicos en francés; hacia 1150 se escribe la *Chanson de Roland*. El Cantar de Mío Cid pertenece, como es sabido, a la primera mitad del siglo XII.

Esas dos centurias, que asisten al desarrollo del arte románico — con toda su vitalidad — suponen el albor de las literaturas en lengua vulgar. Pero, rimando misteriosamente con los arcos románicos, con las ingenuas decoraciones de los capiteles, de piedra labrada dulcemente, como un amable relieve de tiempos anteriores se despliega una literatura, una historiografía, didáctica, teológica o poesía, escritas en latín, que tienen todo el sabor tierno de un claustro lleno de candorosos reflejos de sol.

Tres naciones — Francia, Italia y Alemania — destacan por su aportación a esa hermosa literatura latino-medieval. En Alemania aparecen bien pronto algunas figuras, en el monasterio de Tegernsee, como Froumund de Tegernsee (n. 1060) y aquel monje que compuso hacia 1050 el "*Ruodlieb*", la primera novela medieval en versos latinos. *Ruodlieb* es un joven caballero descontento de su rey. Abandona a su madre y a su patria, y,

acompañado del escudero, parte en busca de fortuna. Triunfa en la corte de cierto monarca que le honra con su afecto, y, al volver hacia su patria, le ofrece como recompensa a sus servicios la potestad de elegir entre las riquezas o la sabiduría. Con esta última se queda el afortunado, que recibe doce máximas áureas cuya trasgresión evitará celosamente, y dos paños que luego descubre se hallan llenos de riquezas.

Quizá sea poco sabido por las personas cultas que en esta época — precisamente el año 1023 — aparece tratado por un profesor del *Trivio* en la escuela Catedralicia de Lieja, el tema de la "Caperucita roja". En el poema "Fecunda ratis" de Egberto aparece una de las más jóvenes versiones del tema, en los siguientes versos latinos:

*Quod refero, mecum pagenses dicere norunt,
et non tam mirum quam valde est credere verum:
quidam suscepit sacro de fonte puellam,
cui dedit et tunicam rubicundo vellere textam.
Quinquagesima sancta fuit baptismatis huius,
sole sub exorto quinquennis facta puella;
proreditur vagabunda sui inmemor atque pericli,
quam lupus invadens silvestria lustra petivit
et catulis praedam tulit atque reliquit edendam.
Qui simul aggressi, cum iam lacerare nequirent,
ceperunt mulcere caput feritate remota.*

*"Hanc tunicam, mures, nolite" infantulam dixit,
"scindere, quam dedit excipiens de fonte patrinus".
Mitigat inmites animos deus, auctor eorum.*

Como habrá observado el avisado lector no puede ser más regaladamente ingenua y candorosa esa versión románica del cuento de la niña atacada por el lobo. Una niña de cinco años, recibe de su padrino, al ser bautizada el domingo de Quincuagésima, una caperuza de paño rojo. La sorprende, en cierta ocasión en que la niña vagaba por el bosque, un lobo que la lleva a sus cachorros para que les sirva de alimento. Pero éstos, desistiendo ya de causarle daño, empiezan a lamerle la cabeza, y la pequeña les ruega: "Procurad no romperme esa caperuza que me regaló el padrino el día del bautizo".

A Wipone (m. 1050), capellán de los emperadores Conrado II y Enrique III, autor de unos "Proverbios" con rima al mezo ("*Qui per ardua vadit saepissime cadit*"; "*viri mites — renuunt lites*"), le atribuye la tradición la célebre secuencia pascual "*Victimae paschali laudes*" incorporada a la liturgia de la Dominica de Resurrección; y al paralitico, dañado aún al parecer en el uso de la lengua, Herman de Reichenau, monje de noble familia (1013-1054), las dos magníficas secuencias en honor de la Virgen *Alma redemptoris mater* y *Salve, regina misericordiae*.

La abadía de Montecassino, que alcanzó su máximo esplendor bajo el abad Desiderio, ofrece dos glorias de la poesía latina del siglo XI con los monjes Guaiferio y Alfano, ambos longobardos, salernitanos y de noble linaje. Guaiferio trata, en una de sus composiciones, el tema del peregrino a Santiago que, tentado por el diablo que se le aparece bajo el aspecto del santo, se da a sí mismo muerte para alcanzar antes la gloria del Cielo. Sometido al Tribunal egregio de Nuestra Señora, un milagro de Santiago, que le devuelve a la vida temporal, le brinda la ocasión de alcanzar la salvación eterna. Alfano, poeta de más talento y sensibilidad, canta a Montecassino, "ventana de Dios", segundo Edén:

*ut paradisus amoenus Eden, — eius aromatibus redolet
omne sol superas specimen, — deliciae tibi no aliae
sunt nisi forte suae pariles.*

Hablemos ahora de los primeros representantes de las escuelas de las catedrales francesas, precursoras de las universidades del siglo XIII, entre los cuales no ocupa un puesto deslucido Fulberto (975-1028), que promovió la escuela de Chartres a la dignidad de "Estudio General, donde se enseñaban el "trivium", el "quadrivium" y la misma teología. Entre las composiciones poéticas de Fulberto, espigamos momentos de ímpetu juvenil, como aquellos versos de su himno a la paz que rezan:

*Gaudet lancea falx, gaudet spatha
devenire vomer,
pax ditat imos, pauperat superbos;*

o la frescura y la espontaneidad de una composición al ruisenior, con rima única en a:

*Cum telluris vere novo, producuntur germina,
nemorosa circumcirca frondescunt et brachia;
fragrat odor cum süavis florida per gramina,
hilarescit Philomela, dulcis sonus conscia...*

Todos nuestros estudiantes de Literatura Española saben que pertenece a esta época la obra en prosa latina del judío Pedro Alfonso, titulada "Disciplina Clericalis", colección de narraciones a través de las cuales llegan a nosotros por primera vez los apólogos de Oriente.

Máximos poetas de la época de las escuelas de las catedrales, lumbres de toda la literatura medieval, son Idelberto de Lavardin, Morbodo de Rennes y Balderico de Bourgueil.

Idelberto, que en una elegía de factura tan clásica, que fue considerada por mucho tiempo obra de un poeta de la antigüedad, lamentó los estragos del saco de los normandos y sarracenos de Roberto el Guiscardo, en la ciudad de Roma, usó con gran maestría la rima llena:

*Sion David urbs tranquilla,
Me receptet Sion illa,
cuius faber auctor lucis,
cuius portae lignum crucis,
cuius claves lingua Petri,
cuius cives semper laeti,
cuius muri lapis vivus,
cuis custos rex festivus.*

Los peregrinos nórdicos a Jerusalén cantaban unos versos de Idelberto:

*Urbs caelestis, urbs beata,
super petram collocata;
urbs in portu satis tuto,
de longiquo te saluto:
te saluto, te suspiro,
te affecto, te requiro...*

Citemos, como ejemplo de las obras de Marbodo, natural de Angers (O. 1035-1123), el siguiente "De annuntiatione Domini":

*Missus ad agregiam Gabriel tulit ista Mariam:
innuba semper ave, flos pulcher, o ensque suave,
Christum ventre feres, benedicta super mulieres;
solus erit salvus, tua quem salvavit alvus;
ex te nascetur qui Sceptra David moderetur,
de fructu cuius spes germinis exet huius,
nunc et in aeternum gerit hic diadema paternum,
Jesus erit dictus super omnia Rex benedictus.*

Extremó sus dotes métricas Marbodo al cantar a la Virgen en un bello poemita cuyos hexámetros riman en pareados, rimando a la vez los dos primeros miembros de cada hexámetro:

*Gemma decens, rosa nata recens, perfecta decore,
mella cavis inclusa favis imitato sapore
omnimodos tuus almus odos praecellit odores,
exsuperat, quos ver reserat, tua gratia flores.*

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

VIVAMOS LA LITURGIA, de Timoteo Urquiri, C. M. F., 14 x 19,5, pág. 310. Editorial y Librería CO. CUL., S. A. Madrid. 1961.

El florecimiento actual de la Liturgia "para sentir con la Iglesia y por Ella y con Ella vivir en Cristo" requiere tener a mano un manual, un libro que lleve esta liturgia a la vida cotidiana y contribuir así al renacer de la venturosa realidad de este movimiento que hace cincuenta años era imposible prever.

Este cometido es el que precisamente cumple a maravilla el libro del P. Urquiri. Dividido en dos partes, dedica la primera a describir ampliamente como la participación de los fieles en los actos litúrgicos ha de ser en función de una vida auténticamente cristiana proyectándose en el quehacer diario en conformidad con las consecuencias prácticas de los actos litúrgicos celebrados.

En la segunda parte se comprueba abundantemente, recorriendo toda la sagrada Liturgia, de qué modo la participación activa de los fieles en los actos litúrgicos se halla proclamada y reclamada por numerosos textos y ritos litúrgicos.

Además, el conjunto del libro pone en evidencia —sin menospreciar desde luego los actos de piedad extralitúrgicos— la especial dignidad y la fuerza y eficacia para alimentar la vida cristiana y el mayor fruto espiritual que alcanzan los fieles con su participación en las funciones públicas.

L. S.

MATRIMONIO Y DERECHO SUCESORIO DE ISABEL LA CATÓLICA, por Vicente Rodríguez Valencia y Luis Suárez Fernández. 25 x 17. Valladolid, 1960. -

La legítima sucesión de Isabel la Católica al trono de Castilla; su conducta y relación con la princesa Doña Juana y asimismo la cuestión de la dispensa Pontificia con relación al impedimento por consanguinidad, relativa a su matrimonio constituyen premisas indispensables para un estudio sobre la actuación de esta Reina y de un modo especial para la exposición de un proceso histórico de su alma y sus virtudes. En la serie de documentos presentados sobre cualquiera de esas tan debatidas cuestiones aflora la exquisita prudencia de esta princesa de 19 años que fortale-

cida por una fe y religiosidad sincera y casi sin más guía que su rectitud de intención sorteó las situaciones espinosas en que la colocaban los convenios políticos que especulaban sobre su matrimonio y cotizaban su apoyo al reconocimiento del derecho sucesorio. La abundante documentación citada corrobora plenamente los puntos de vista de los autores.

L. S.

Ousset, Jean: PARA QUE EL REINE. Madrid. La Ciudad Católica. 21 x 16 cm., 925 págs. (Exclusiva de venta: Ediciones FAX).

Con verdadero júbilo saludamos la aparición de la edición española de la obra ya clásica de Juan Ousset. Verdadera "Summa" del pensamiento católico contemporáneo y panoplia donde habrá de acudir quienquiera documentarse y armarse contra los errores modernos. Síntesis que no dudará en calificar de maravillosa quien maneje asiduamente un libro que a pesar de su volumen y densidad ha conseguido ya tres ediciones en Francia. Cuatro grandes partes sirven de armazón a la armónica construcción y a la copiosa erudición que la adorna: la Realeza social de Jesucristo, sus adversarios, las razones para creer en su triunfo y las exigencias del combate en su favor. La seguridad de la doctrina queda respaldada por las extensas cartas laudatorias de los Arzobispos de Zaragoza, Dakar y Reims y la del Obispo de Bilbao. Manual a la vez de pensamiento y de acción, está llamado a prestar inestimables servicios a cuantos quieran adquirir una sólida preparación para influir católicamente en los campos político y social, sea en el terreno del periodismo y del libro, sea en el de la conferencia o círculos de estudio. Podríamos añadir que la obra de Ousset no viene cargada sólo de promesas, sino también de frutos de experiencia adquirida en la fecunda acción del movimiento propugnado por la conocida revista "Verbe".

Agradecemos mucho a los editores españoles su laboriosidad. Pero hemos de dolernos sinceramente de que obra de tanto valor doctrinal y estilístico se nos haya dado en una versión tan precipitada y galicista. Hubiera sido de desear que de alguna manera se entroncara su fondo con el de los mejores pensadores españoles con los que encaja maravillosamente. Los pasajes de Sardá (Sardá se le llama a lo largo de todo el libro) no habían de retraducirse, sino citarse en su original. El prólogo, en que se pide perdón a los lectores por tantos galicismos, costaba más tiempo del que hubiera llevado un expurgo de muchos de ellos.

F. S.

CRISTIANDAD

REDACCION: Leuria, 15, 3.º - Telf. 21 2775
ADMINISTRACION: Diputación, 302, 2.º - Telf. 22 24 46
Suscripción anual 150 ptas.
Precio de este núm.: 12 ptas.

Congreso Internacional sobre el culto al Sagrado Corazón de Jesús

Barcelona, 23-29 octubre 1961